

Memorias de mi Infancia

Estudiante: Pablo Huertas

Tutor: Salvador Cabedo

Trabajo de investigación

Graduado Universitario Sénior

Universitat Jaume I

Curso 2017-2018

ÍNDICE

1. Prólogo
2. Antes de mi nacimiento
3. Algo de aquella época
4. Mi bautizo
5. Mis primeros amigos
 - 5.1. Mi amigo Ricardo
 - 5.2. El hermano de mi amigo Patricio
6. Un poco de todo
 - 6.1. Nuestros juegos
 - 6.2. Las cartillas de racionamiento
 - 6.3 Algo de las labores agrícolas
 - 6.4. El nacimiento de mis hermanos menores
 - 6.5 La excelente salud de mi madre
 - 6.6 Mi primera incursión al río Guadiana
 - 6.7 Algunas de nuestras obligaciones
 - 6.8. Maquis en Tomelloso
 - 6.9. Mi primera comunión
 - 6.10. Personajes curiosos
 - 6.11. Mis correrías por los campos
 - 6.12. Los baños de El Peral
 - 6.13. Mi primera faena remunerada. La trilla
 - 6.14. Mi escuela
 - 6.15. Cantor de villancicos
 - 6.16. Haciendo novillos
 - 6.17. Mi maestro Don Pablo
7. Final de mi infancia
8. Conclusiones
9. Bibliografía

PROLOGO

Para finalizar adecuadamente los tres cursos de que consta el Grado Universitario Senior en Ciencias Humanas y Sociales, he de hacer un trabajo de fin de curso, con el propósito de conseguir los créditos necesarios.

En principio tenía varias ideas para elegir el tema, el cual es de libre elección, pero pocas de ellas llenaban por completo mis expectativas, hasta que cuajó algo que al parecer me iba a satisfacer; luego los lectores (si los hubiera) veremos lo que opinan.

Pues bien, dicho esto (como hoy día es habitual oírlo en las tertulias) vayamos a lo que nos ocupa.

Al poco tiempo de la muerte de mi esposa, mi sobrina María Dolores, residente actualmente en Tomelloso, compinchada con su amiga de igual nombre, ésta vecina de Castellón, me hicieron una “encerrona” con el propósito de convencerme para que me preinscribiera en la UJI, con objeto de que cursara los estudios que nos ocupan.

Si bien en un principio no estuve por la labor; mi estado de ánimo no era el más adecuado en aquellos días; la verdad, es que entre ambas supieron despertar en mí ese gusanillo del deseo de hacer lo que en su día, muchísimos años atrás, no pude realizar. Así que me dejé convencer y desde aquí les doy las gracias a ambas María Dolores, muy especialmente a la primera de ellas, por lo que hicieron; dar aquel paso ha significado para mí una serie de agradables sensaciones de difícil explicación.

Lo escrito, como puede apreciarse de su lectura, se desarrolla en su totalidad en Tomelloso, mi lugar de mi nacimiento, donde permanecí mis primeros diecinueve años, población a la que nunca dejé de regresar con frecuencia, aunque solamente de vacaciones o esporádicas visitas; la mayor parte por placer y otras por diferentes causas.

Así que sin más preámbulos vayamos al contenido del trabajo a realizar, al que denominaré.

ANTES DE MI NACIMIENTO

Mi padre nació el 31 de Octubre de 1900 y mi madre el 12 de diciembre de 1903. Precisamente esas fechas iban a coincidir con la de los nacimientos de dos de sus hijos, los únicos varones, la de mi padre casi con la mía, y la de mi madre con la de mi hermano Manolo.

Me contaron mis padres, que corría el año 1936, no se exactamente el mes ni el día, posiblemente en Agosto, ya estallada la guerra civil, que a eso de las dos de la madrugada, unos individuos aporrearón la puerta de la que fuera mi casa. Mi padre, para evitar que aquel piquete de hombres derribaran la puerta, la abrió y les preguntó que es lo que querían, a lo que le respondieron que les acompañara.

He de aclarar que en aquellas fechas y a aquellas horas, cuando semejante comitiva iba a alguna casa en busca de su ocupante y requerían que les acompañara, normalmente el buscado no solía volver.

El estado de ánimo de mi padre y el de mi madre, embarazada de seis o siete meses del que suscribe, nos lo podemos imaginar; vivencias de aquella índole, por fortuna a la inmensa mayoría de los mortales no se nos han dado.

Aquellos individuos condujeron a mi padre hasta las puertas del Ayuntamiento, donde lo dejaron; hasta esos momentos esa parece que había sido su misión, y a partir de ahí, otros hombres, colocados de forma separada, a cierta distancia unos de otros, y sin mediar palabra, por medio de exageradas indicaciones que le iban haciendo con los brazos, llegó hasta una estancia del Consistorio, donde un hombre, al parecer con cierto mando en aquella situación, le dijo a mi padre que le entregara la pistola. A lo que mi padre respondió que el arma de la que era tenedor fue comprada por él y por tanto de su propiedad. Que no era un objeto que le hubieran entregado por su condición de haber ingresado en la Policía Municipal hacía unos siete u ocho años.

Como quiera que el interlocutor de mi padre estaba dispuesto a lo que fuera necesario para que le entregada el arma, éste no tuvo más remedio que salir de allí y dirigirse a su casa a buscarla.

En el camino de regreso a casa, encontró a mi madre, a mi abuela Ignacia, madre de mi padre y a una vecina, las cuales iban hacia el Ayuntamiento para saber que había sido de él. La alegría que experimentaron las tres mujeres al verlo sano y salvo, no es difícil de suponer; como antes digo, por aquellas fechas, a casi todos los que se llevaban de esa manera, no solían volver.

Mi padre entró en su casa, cogió el arma requerida, la entregó en el Ayuntamiento y no fue molestado nunca más por motivos de la guerra, aunque después lo movilizarían a pesar de contar treinta y seis años y tener cuatro hijos.

Su situación laboral y económica debieron quedar muy precarias; según parece, al poco de estallar la guerra, a mi padre lo suspendieron de empleo, y como es lógico también de sueldo.

Aquí llego yo.- Según consta en mi partida de nacimiento, nací el día 2 de Noviembre de 1936, aunque mi madre siempre me dijo que nací el día 1 entre las doce y la una de la noche; claro está, por eso fui inscrito el día 2. Mi cumpleaños siempre se “celebró” el día 1. Digo se

“celebró” entre comillas, porque las celebraciones de mis primeros años fueron un tanto digamos parcas. Ahora bien, celebrábamos el cumpleaños de mi padre, que por ser el 31 de Octubre, seguramente se trasladaba al 1 de Noviembre, por ser festivo. Recuerdo que para celebrar el acontecimiento aparecía él muy temprano con un cucurucho lleno de buñuelos (porras) recién hechos.

Yo soy el cuarto de los seis hijos, antes nacieron tres de mis hermanas, luego nacerían dos más, una chica y un varón.

ALGO DE AQUELLA ÉPOCA

Como hemos podido apreciar mi nacimiento sobrevivo en plena guerra civil, la que trajo varios años, quizás demasiados, de tiempos de carencia, miseria y calamidades; pasamos de todo, especialmente hambre; en mi caso hasta el año 1946, para otros, algunos años más.

Casi todos mis tíos fueron movilizados por el ejército republicano y llevados al frente. Y según tengo entendido, aunque no lo tengo muy claro, mi padre fue movilizado con la llamada “quinta del saco”, en la que entraron hasta los hombres de treinta y seis años.

Mis vivencias de la guerra son prácticamente nulas; ésta acabó cuando yo tenía dos años y medio, y por lo tanto no tengo recuerdos de la contienda.

MI BAUTIZO

Fue un hecho de lo más curioso. Resulta que como mi pueblo cayó en zona republicana, los curas, los pocos que había en el pueblo, se escondieron. Bueno, el Párroco, no se escondió; quizá no le faltaron ganas de hacerlo, pero no le dieron esa oportunidad. Un día (o quizá noche) fueron a por él, se lo llevaron a las puertas del cementerio y allí fue muerto a tiros.

Y claro, sin curas no hay bautizo. Al menos el bautizo al que estaba mi familia acostumbrada; y yo fui creciendo sin haber recibido tal sacramento, hasta que pasado el tiempo, la cosa se estabilizó, al menos en la parte religiosa, y un buen día, ya cumplidos los tres años, nos llevaron a la iglesia a un primo mío, también llamado Pablo Huertas (un año más pequeño que yo) y a mí; los dos cogidos de la mano delante, las madres de ambos detrás. Mi tía Antonia, madre de mi primo, fue mi madrina, y mi madre, la de mi primo. Sin más acompañamiento entramos los cuatro en la iglesia y fuimos bautizados los dos pequeños. Me contaron que yo le dije una palabra no muy cariñosa al cura cuando me echó sal en la boca (al parecer era la costumbre en aquellos tiempos, no lo de la palabrota, si no la sal).

MIS PRIMEROS AMIGOS

Mi amigo Ricardo.

Tener un buen amigo, como indudablemente lo era Ricardo, fue algo estupendo. Un compañero de juegos, de pequeñas aventuras, alguien con quien me pasaba la mayor parte del día; una pequeña persona a la que no me unía otro interés que la llana y sincera amistad; alguien con el que congeniaba y me sentía feliz; alguien con el que pasé muchas horas de mi infancia y de mi primera juventud. Tener una amistad, gran amistad, con un muchacho bueno, alegre, ocurrente y divertido, fue algo maravilloso. Lástima que con el transcurrir de los años, las pocas grandes amistades que a lo largo de nuestras vidas hemos tenido, van desapareciendo por una u otra causa, y a veces sin motivo ni razón; pero la realidad, la cruda realidad, es que este tipo de amistades se van, algunas rápidamente, otras poco a poco, pero en muy pocas ocasiones perdura a lo largo de toda nuestra vida.

Como antes decía, con mi amigo Ricardo compartía la mayor parte del tiempo, casi siempre en su casa, que estaba muy cerca de la mía. Este chico era un tanto introvertido; comenzamos nuestra amistad cuando tendríamos dos o tres años, pero mis primeros recuerdos junto a él son posteriores, quizás de cuando teníamos cuatro o cinco. Nuestro tiempo lo pasábamos en su corral, que estaba en la trasera de la vivienda, la que tenía una portada que daba a otra calle diferente a la entrada principal de la casa. Por esa portada su padre, también llamado Ricardo, entraba el carro y el burro, que luego fueron dos, burro y burra, con los cuales pasamos buenos ratos, algunos apuros y diversas controversias.

Tenía el padre de Ricardo, al cual yo lo nombraba como hermano Ricardo (a todas las personas mayores las llamábamos hermano, por respeto, como en otros lugares se les llamaba tío) un sable, con una empuñadura de hilo de cobre y una hoja que debía tener un componente de este metal, por lo verdosa que estaba. Este sable lo teníamos a nuestra disposición, clavado en el techo de carrizo de la cuadra de los burros, y con el cual dábamos mandobles a diestro y siniestro, como si de piratas del caribe se tratara.

Los padres de Ricardo no eran nada severos, nos dejaban hacer todo lo que nos venía en gana en el corral, donde entre otros disparates hicimos muchos agujeros, en el suelo y también en alguna de las paredes, jugábamos con los animales, acechábamos para ver salir de sus madrigueras a los conejos, veíamos sobre todo en primavera, como salían las nuevas camadas, presenciábamos como el gallo “montaba” a las gallinas, lo que conocíamos como “hacerle el huevo”, y sobre todo lo valiente que era un gallito de los llamados americanos.

Otro de nuestros entretenimientos era torear a un enorme cordero que un buen día trajo el hermano Ricardo. Hacía bien las veces de toro, embestía como tal, y la suerte que tuvimos fue de que no nos cogiera de lleno en una de sus embestidas. Esta suerte no la tuvo la madre de mi amigo, a la que en una ocasión que entró al corral, el dichoso borrego la embistió sin ella esperarlo, la tiró al suelo y no le rompió una pierna de milagro, pero sí le causó suficientes lesiones para que anduviera coja alguna temporada, con la pierna en alto y vendada; sentada en una silla estuvo algún tiempo. Como era natural, a raíz de aquello desaparecieron nuestras prácticas de toreros, desde entonces nos faltó lo principal, “el toro”, que acabó no se donde, si vendido a algún carnicero o en el estómago de Ricardo y su familia.

En una ocasión, tendríamos unos seis años, cuando el hermano Ricardo trajo un burrito joven, a lo sumo tendría un año, y el mismo día que lo trajo me dio un revolcón, pasándome por encima; no sé por qué razón, llevándolo yo del ramal, el animal se arrancó a correr, me tiró y me pisoteó el trasero y toda la espalda. Mas tarde, con ese burro y una burra que después engrosaría la ya abultada “familia” de animales que en aquella casa había, corrimos a nuestro modo, grandes aventuras, recorrimos en muchas ocasiones el camino Real, hasta llegar a un lugar denominado “Los Conejos”, donde el padre de Ricardo tenía una pequeña finca de dos fanegas, (unos 11.000 metros cuadrados) y también por la vereda que iba de Tomelloso a Argamasilla de Alba, para después llegar hasta la Membrilleja, por donde pasaba el río Guadiana a los pocos kilómetros de su nacimiento, donde había un molino de harina, y cerca de él, en verano, trabajaba el padre de Ricardo; en unas tierras de regadío propiedad de otro señor.

Nuestras caminatas las hacíamos muchas veces a pie, y otras con el burro o burros enganchados a un carro, y en ocasiones sin carro, subidos los dos en el burro, o uno en cada uno; eso sí, Ricardo siempre en el burro y yo en la burra.

En una ocasión veníamos de “Los Conejos”, por el Camino Real, cuando al entrar en el pueblo y dirigimos a nuestra calle Melilla, donde vivíamos ambos, teníamos que pasar por un barrio donde había una pandilla de chiquillos, unos de nuestra edad, (sobre diez años), otros mayores, más malos que la lepra. Al entrar en ese barrio, que estaba cerca de nuestra calle, salieron todos los chiquillos tras nosotros, tirándonos piedras y pegándonos a los burros, los cuales echaron a correr, al trote, en cuya modalidad, para mantenerse arriba había que hacer más equilibrios que un titiritero. No era cuestión de hacerles frente, eran muchos y nosotros no nos sentíamos héroes, así que no tuvimos más remedio que dejarnos llevar por las bestias (me refiero a los burros, que no lo eran más que los chiquillos aquellos). Cuando al fin nos alejamos de allí y conseguimos por medio de la distancia que nos dejaran en paz, después del susto, pudimos dominar a los burros, los cuales dejaron de correr y llegamos a casa sin más contratiempos.

En otra ocasión, al entrar en el corral de la casa de mi amigo, vi que el hermano Ricardo estaba con el burro (al que no pusimos nunca nombre) tratando de que montara a la burra, lo que consiguió después de no pocos intentos. No tengo muchos más recuerdos de aquel día, pero sí del embarazo o preñez de la burra, y en el verano siguiente, una de las veces que fuimos a la Membrilleja, donde el padre de Ricardo estaba regando una pequeña huerta de judías, al aproximarnos al lugar, había una acequia de unos sesenta o setenta centímetros de ancha. La burra no quería saltar aquella zanja, por donde corría el agua, y después de varios intentos, todos en vano, a Ricardo no se le ocurre otra cosa que taponarle con un trapo los ojos a la burra y tirar de ella. El animal echó a andar como si lo que tenía bajo sus patas fuera tierra firme, y claro, al llegar a la acequia cayó dentro de ella; bueno, cayó en parte, pues todo su cuerpo, con la enorme panza que tenía, no cabía en la zanja, pero tampoco podía salir; se quedó encastrada y no hubo manera de sacarla, a pesar de los muchos intentos, por lo que optamos por llamar al ya más que nombrado padre de Ricardo, que estaba cerca, el cual con relativa facilidad consiguió que el pobre animal saliera de aquel atolladero. Cuando la burra cumplió un año y un día de su preñez (bueno, al menos eso es lo que creo que tarda el embarazo de este tipo de animales), parió un burrito, pero muerto, posiblemente debido al trance de la acequia ocurrido el pasado verano.

En verano, durante la siega, pasé algún que otro día en el campo con Ricardo y toda su familia. Esto sucedía cuando estaban segando cerca del pueblo. Los mayores en el duro trabajo de la siega, que no paraban más que para almorzar, comer y merendar, y nosotros nos entreteníamos en un riachuelo que pasaba cerca de la finca donde segaban. Hicimos una pequeña presa con piedras en la corriente de agua para hacer subir su nivel, y cuando éste tuvo una altura considerable nos bañamos en porretas (nos habíamos “olvidado” el traje de baño). Como éramos pequeños se podía hacer.

Narrar aquí todas y cada una de las aventuras que corrimos juntos los dos amigos se haría interminable y posiblemente aburrido, pero desde luego puedo asegurar que fueron muchas, casi siempre en su casa, y algunas veces en la mía y sobre todo en el campo, bajo el abrasador sol de la Mancha, y precisamente en los meses de verano, que era cuando teníamos vacaciones.

De mi amigo Ricardo he de decir que además de introvertido era muy inteligente y buen compañero. Comenzó a trabajar a los catorce años en un taller de mecánica y al poco tiempo se lo dejó y se colocó en una calderería de cobre, donde se montaban y reparaban los alambiques que se instalaban en las fábricas de alcohol, muy abundantes por entonces en Tomelloso. Pues bien, a los quince años este chico, construyó de forma rudimentaria, claro, un pequeño alambique, con su depósito de “quema del vino”, y consiguió sacar alcohol, fase esta última que lo hizo delante de mí. El alcohol que salió de allí no puedo saber que pureza tendría, pero desde luego si la suficiente para arder por sí solo cuando le arrimamos una cerilla.

Otros de mis amigos.- Conforme fue pasando el tiempo, a partir de los seis años más o menos, sin buscarlo, fui haciendo nuevos amigos, en mi calle, claro, vecinos de por allí, y referirme a todos ellos no creo sea de lo más divertido para quien esto lea. No obstante nombraré a

Mi amigo Patricio.

Era Patricio un chico un poco mayor que yo, con el que empecé a tener contacto cuando tenía unos ocho años. Él tendría cerca de diez. El hecho de que lo nombre aquí no es porque este chico tuviera que ver mucho en mi vida; lo que destacó en aquella época sobre él, no fue su persona, era un chico normal, si no por lo que ocurrió en su entorno familiar, en el que ocurrieron cosas muy lamentables.

Comenzaremos diciendo que una tarde del mes de Junio de 1944 o 1945, me dirigía al colegio, cuando al pasar frente a su casa, sita en la misma acera que la mía, pude ver un pequeño revuelo, acababa de morir su padre. Yo me detuve unos instantes en la puerta, presenciando aquella triste escena y continué mi marcha hacia mi escuela. Hasta ahí todo normal; el hecho de que muriera un hombre a los cuarenta o cuarenta y dos años (la edad que tendría el padre de Patricio), no era ninguna novedad. Hechos como este no ocurrían todos los días, pero eran bastante frecuentes. Lo anómalo que ocurrió en aquella familia lo contaré a continuación.

La situación económica en que quedaba una familia cuando moría el padre, era sencillamente de penuria. En este caso quedaron la viuda y cuatro hijos; el mayor llamado Marcelino tenía unos quince o dieciséis años, le seguía mi amigo Patricio, después una chica de unos seis o siete años y el más pequeño, que contaría alrededor de tres.

Unos tres meses después de muerto el padre, llegó la vendimia, tiempo en que todos, chicos y grandes, iban a vendimiar. Unos a recoger la uva, otros, los que no podían hacerlo aún por su corta edad, se iban con sus madres y hermanos al campo, si no tenían quien se hiciera cargo de ellos. En el caso de Patricio se fueron los cinco miembros de la familia. Cuando terminó la faena de la vendimia, que duraba entre veinte y treinta días, la madre, mandó a Marcelino que fuera a casa del amo (así se le llamaba en aquellos tiempos al patrón) para que cobrara los jornales devengados.

El muchacho obedeció a su madre, fue a donde el amo y cobró, pero se ve que al volver “equivocó” el camino; y en vez de regresar a su casa, se fue a otro lugar, donde posiblemente lo recibirían con los brazos (y las piernas) abiertos. El caso es que hasta que no acabó con los “cuartos” que llevaba, no salió de casa de “las mujeres de moral distraída”.

A partir de ahí aumentaron las desgracias de aquella familia; el tal Marcelino fue de mal en peor, causando muchos disgustos a su madre y hermanos. Dejó de trabajar, dedicándose solamente a llevar a cabo pequeños hurtos, convirtiéndose en un ratero de poca monta. A veces desaparecía del barrio y cuando volvía todo el mundo le daba de lado. A nadie le gustaba tener cerca a un delincuente. Era detenido por la policía, lo metían en el calabozo y tengo entendido que en alguna ocasión quizás le daban algún que otro “vergazo” para tratar de regenerarlo; pero no surtieron efecto los castigos que le impusieron; no se con seguridad si lo metieron en algún correccional, pero el caso es que estuvo un tiempo sin aparecer por el barrio. Fueron quizás sus abundantes fechorías las que hicieron que interviniera la guardia civil, hasta el punto de que un día venía esposado y conducido por la Benemérita hasta la tejera, donde estaba trabajando su madre, para que se despidiera de ella. El muchacho iba e ingresar en un penal. La pobre mujer lloraba y se deshacía en lamentos por la conducta de aquel descarriado hijo. Lo despidió y pasó un tiempo sin que se supiera nada de él. Me supongo que la madre si recibiría noticias suyas, pero si las tuvo no trascendieron al vecindario.

Un tiempo después, volvió a aparecer por el pueblo, y como quiera que continuaba en las mismas, lo agarró la guardia civil, y no se exactamente lo que le hicieron, pero el caso es que Marcelino parece que retornó al buen camino y nunca más se dijo nada malo de él. Al parecer se fue a Madrid, se casó con una viuda y de su vida nunca más se supo. Mi amigo Patricio seguramente si sabría lo que pasó con su hermano, pero ni él me dijo nada ni yo le pregunté.

UN POCO DE TODO

Un anómalo acontecimiento.

Cuando yo tenía unos ocho años, quizás diez, ocurrió en mi calle, cerca de mi casa, algo que para mí tuvo importancia. Resulta que el padre de uno de mis amigos parece que fue desterrado después de la guerra civil, marchándose a un pueblo de Valencia, creo que a Liria; quizás al principio iría solo, luego también se marcharía la familia, y pasado un tiempo volvieron. Se pusieron a vivir en casa de la abuela de mi amigo, o sea la misma donde vivían antes de marcharse, tres o cuatro casas antes de llegar a la mía. Recuerdo que cuando volvieron

era verano, muchos vecinos entramos en la casa, que tenía un gran patio y en él plantado un árbol muy grande, concretamente un membrillo. La madre era bastante alta y entrada en carnes, cosa poco habitual por aquellos tiempos. Pero venían de una tierra donde la comida abundaba más que en la mía. La verdad es que el aspecto de aquellas personas era mejor que el que teníamos los que estábamos por aquellos alrededores. Antes de marcharse a ese pueblo de Valencia, el hijo Félix, más o menos de mi edad, era amigo mío; y al volver, el muchacho se encontraba sin amigos, pues los tres, cuatro o cinco años que habían pasado fuera, fueron suficientes para distanciar un tanto las amistades. Pero este distanciamiento duró poco; Félix era muy abierto y pronto se incorporó a la pandilla o grupo de los cinco o seis chicos que la formábamos. Iba a mi casa y con su acento valenciano preguntaba por mí y yo salía a su encuentro, y lo mismo hacía con otros amigos. Luego cuando nos hicimos mayores no se por qué razón no salíamos juntos, quizá porque se cambió de casa y de barrio, donde encontraría otros amigos, y aunque nos saludábamos cuando nos encontrábamos, no se consolidó nuestra amistad.

La importancia que tuvo para mí aquello, no fue en sí el tener un amigo más; en mi barrio había otros muchachos mas o menos de mi edad, si no el hecho de que aquella familia durante un tiempo hubiera vivido fuera de su pueblo por destierro, cosa que no comprendí entonces, pero que no cabe duda que debió ser muy duro para aquellos quienes sufrieron dicha circunstancia; y al mismo tiempo, al parecer, corriente en aquella época de la posguerra.

Chicos, chicas y algo más.

Por entonces los chicos, no las chicas, teníamos una tremenda libertad; algunos íbamos a la escuela, otros no, y casi todos, a los ocho o nueve años comenzaban a trabajar en el campo, llevados por su padre, por su abuelo, o por algún tío Candelas, como dice el poeta tomellosero Eladio Cabañero en una de sus obras: “Aquel invierno estuve sarmentando la viña de mi abuelo, Eladio López, el que volvía del campo sin camisa y sin blusa por dar a los mendigos, pues él creía que el hombre bien merece ser hermano de todos, no otra cosa”. Pero eso si, cuando no había obligaciones que cumplir, retozábamos a nuestras anchas por aquellos llanos caminos, sendas, sembrados o en las eras de trillar cereales.

Eran estas eras unos espacios abiertos, en las afueras del pueblo, donde casi siempre había un cuartillejo (pequeña construcción de labranza) en cuya planta baja se alojaban las personas y los animales durante la faena de la trilla, y la planta alta se utilizaba para almacenar la paja. Tenían las referidas eras un cuadrado en el centro, de unos doce o quince metros de lado, el cual se empedraba con guijarro, donde se extendía la mies y se hacía la parva para la trilla. En el resto de la era se depositaba la mies hasta que se iba trillando la que estaba en la parva, que era un redondel de mies extendida en la parte empedrada. Dentro de la era había grandes espacios que solamente se utilizaban para depositar la mies cuando la traían del campo. La faena de la trilla duraba unos cuarenta o cincuenta días. Comenzaba a mediados de Junio y a finales de julio poca mies quedaba ya en las eras. El resto del año eran lugar de juego y de paso para nuestras correrías; en la parte que no estaba empedrada, llamada pajeros, crecía en invierno una hierba carnosa y compacta, parecida al césped, muy apreciada por los pastores, y no siempre nos dejaban pisotear por allí.

Dichas eras, cuando hacía buen tiempo, eran los lugares principales de nuestros partidos de fútbol, con pelota de goma, a veces de trapo, y en algunas ocasiones teníamos que salir por piernas; venían los pastores con sus blusas negras y garrota en alto, en plan amenazador y nos echaban fuera como agua sucia. Al patear la hierba les estropeábamos los pastos.

Las chicas por su parte también se divertían, tenían varios juegos, diferentes unos de otros; organizaban entre ellas lo que llamaban “teatros”, que no eran otra cosa que unas rudimentarias variedades, donde las niñas, ataviadas con lo que encontraban en los baúles de sus madres, cantaban y bailaban para una concurrencia infantil y casi en su totalidad femenina; cuya concurrencia tenía acceso al “teatro” previo pago de una modesta cantidad, casi siempre unos diez o quince céntimos de peseta.

La pobreza por entonces, al menos en mi entorno, era generalizada en la mayoría de las familias; la mayor parte de los chavales no teníamos ni pelota con que jugar, lo que daba lugar a que aquellos muchachos, muy pocos, que tenían un poco más de posibilidades económicas en su casa, y por tanto disfrutaban de algún juguete que otro, se hicieran los interesantes delante del resto y en cierto modo los subordinaban a sus antojos a cambio de dejarles jugar con el patinete, la pelota o cualquier otra cosa de las que poseían ellos y la mayoría no.

Pero quien mejor describe la situación de pobreza de la posguerra no cabe duda que fue mi antiguo compañero de colegio, gran escritor, destacado poeta, merecidamente premiado en varias ocasiones Félix Grande Lara, en su libro *La balada del abuelo Palancas*: “El Hambre iba y venía con su cetro en la mano y un gesto de petulancia tenebrosa lacrada sobre su calavera. El Hambre se complacía contemplando cómo las mujeres vertían el aceite en sus guisos midiéndolo con un dedal, cómo los niños aprendían a espulgar las lentejas, cómo las amas de casa se santiguaban junto a la puerta de la tienda antes de entrar a pedir comida al fiado, cómo los hombres sin trabajo se pasaban las horas muertas en la plaza exhibiendo sus pómulos agudos y su mirada extraviada por la resignación, cómo los gusanos se aposentaban en las libras de chocolate, cómo los gañanes ocupaban el hondón de su estómago con la algarroba de las caballerías, cómo las madres perdían lentamente la vista en la tarea de zurcir la ropa de sus hijos a la luz de una bombilla amedrentada, cómo los niños perdían en el atardecer las ganas de corretear y se sentaban formalitos en una silla, como ídolos extenuados por la desilusión... El Hambre contemplaba esas imágenes y se sentía dichosa, y se hincaba de rodillas para rezar por la extensión y el encarnizamiento de la guerra civil y para celebrar la bestialidad del terror y para rogar con altanera unción que la guerra no acabase nunca y reinase por los siglos de los siglos sobre los españoles; y después de rezar se erguía, levantaba el brazo derecho y cantaba el Caralsol con su rostro petrificado por la felicidad. La posguerra era una teodicea y el Hambre su profeta.”

Muchos son los recuerdos de mis seis, ocho o diez años, con mis amigos, por aquella calle Melilla, la calle Alarcos y la tejera que en esta última calle había, la que era de una gran extensión, con una vieja y enorme portada de dos hojas a la entrada, que casi siempre estaba abierta. Dentro de ella jugábamos como si fuera un espacio público; además de servirnos de lugar de juegos, en la misma, en ocasiones se fabricaban tejas. También en ella vivían en algunas habitaciones de mala muerte, dos o tres familias, muy pobres. Recuerdo un enorme pozo que

había en el centro, de donde sacaban agua para fabricar las tejas y del que se abastecían aquellas familias. Este pozo, más grande de lo habitual y muy ancho en su interior, me daba un poco de temor por carecer de brocal que protegiera a quien sacaba el agua; solo tenía tres troncos cruzados, y cuando alguna vez me acerqué a él y me asomé al fondo, sentí el miedo natural a su profundidad.

Sería muy largo de contar todas las vivencias que recuerdo de aquella época, pero si son de destacar las largas noches de invierno, el miedo a la oscuridad que a tan temprana hora llegaba; a las seis de la tarde estábamos todos los hermanos, éramos seis en total, alrededor del fuego de la chimenea, no siempre en su mayor esplendor; en muchísimas ocasiones se limitaba a un pequeño montón de paja que se iba requemando y hacía más humo que calor daba, y de tarde en tarde algunos sarmientos u otra clase de leña que alegraban un poco aquella estancia, la que era grande, de más de veinte metros cuadrados, con altos techos y gruesas paredes, poco mobiliario y escasos enseres.

La paja la conseguíamos mi hermana Paquita (a la que de pequeña la llamábamos la Chata) y yo, en el verano, en la época de la trilla. Antes de ir al colegio íbamos a las eras y la paja que salía fuera de éstas, al aventar la mies ya triturada, nos la dejaban coger los labradores; llenábamos un saco y nos lo llevábamos a casa y la depositábamos en la cueva que teníamos. Esta labor la repetíamos con mucha frecuencia, hasta que conseguíamos tener un buen montón, el que era aprovechado para meter dentro pequeños melones que mi madre compraba al final del verano y se conservaban hasta bien entrado el invierno. Durante esta estación solíamos esperar con gran alborozo a que dieran las siete de la tarde, era la hora en que mi madre nos daba la magra cena, acompañada de un trozo de pan, bendito pan, tan rico, caro y escaso por aquellas fechas.

A veces me pregunto, ahora setenta o más años después, en los umbrales de mi vejez, o mejor dicho, dentro de ella, de cómo sobrevivíamos a los crudos inviernos, mal comidos, peor vestidos, calzados con unas sandalias o unas alpargatas; colándose en nuestro cuerpo el frío que nos provocaba titiriteras que nos hacían dar diente con diente.

A las diez en la cama estés. Ese era el refrán que con frecuencia solían decir tanto mi madre como mi abuela Ignacia, por lo que a esa hora, y en la mayoría de los días mucho antes, estábamos acostados. Esto en invierno, claro; durante el verano, gran parte de la primavera y en la casi totalidad del otoño, la vida tenía otro color muy diferente; había más comida y pasábamos más tiempo al aire libre. Le alegría y felicidad eran otras.

Nuestros juegos.

Me refiero a los de los chicos. Eran todos al aire libre, en aquellas amplias calles, donde no había tráfico; solo algún carro que otro muy de tarde en tarde. Solían ser algunos de nuestros juegos un tanto brutos. Citaré algunos:

La Pedrea.- Consistía en tirarnos piedras unos a otros; resguardándonos en alguna esquina o donde podíamos. Aún tengo una cicatriz en la frente, consecuencia de una piedra tirada por uno de mis amigos con buena puntería.

Las canicas.- Este juego lo conoce todo el mundo; solo que nosotros nos las jugábamos y las canicas ganadas a los demás las vendíamos al precio de cuatro por diez céntimos, de peseta claro. Con este juego conseguía algunos ahorrillos.



Salvar al compañero.- Nos dividíamos en dos equipos y se trataba de hacer prisioneros a los del equipo contrario; para ello bastaba con que tocaras a uno de los jugadores contrarios, o agarrarlo, según conviniéramos, desde cuyo momento se convertía en prisionero e ingresado en la prisión. Para salvarlo tenía que lograr tocarlo otro jugador de su equipo, para lo que debía eludir o burlar a su guardián.

Un divertido partido de fútbol nocturno sobre la nieve.

Tendría yo unos ocho años, cuando una noche del mes de Enero a plena luz de la luna, jugamos entre varios chicos más o menos de mi edad, un partido de futbol en un solar cercano a mi casa, sembrado y cubierto de nieve congelada; estaba completamente llano y la inmensa luz que daba la luna llena nos permitía ver perfectamente el “terreno de juego”. No se el tiempo que duró aquella “contienda”, pero si recuerdo muy gratamente lo bien que lo pasamos todos, corriendo tras la pelota en plena noche, un mes de Enero, sin sentir el frío que lógicamente debía hacer en aquel lugar. Al terminar estábamos sudando de lo lindo; el dueño de la pelota la cogió y nos fuimos cada uno a su casa, con la satisfacción de haber pasado un rato agradable.

Las cartillas de racionamiento.

Eran éstos unos documentos, que los municipios expedían a favor de las familias, para que éstas, previo pago de su importe, obtuvieran aquellos alimentos de primera necesidad, a un precio reducido; diferente las de los adultos de las de los infantiles; estos últimos tenían algunas cosas más que los primeros, especialmente azúcar. Cuando yo tenía siete y ocho años en casa había dos infantiles, por lo que mi madre conseguía más azúcar de la que normalmente gastaba; se la dejaba al tendero y éste le compensaba con otros alimentos de mayor prioridad. También servían para comprar el pan. Alimento éste que era distinto al pan blanco; “tenía de todo”, creo que lo único que le faltaba era un poco más de harina de trigo.

Algo de las labores agrícolas.

La siega de los cereales, arranque de las legumbres, trilla de ambos, y demás faenas de la recolección de estos productos comenzaba a mediados de Junio. Como os podéis suponer poca maquinaria de motor se utilizaba en estas labores; aunque sí había utensilios que ayudaban bastante para hacer los diferentes trabajos.



Por aquellos tiempos, para los labradores, no existían las ocho horas de trabajo; su horario era de sol a sol, o sea que se comenzaba antes de salir el sol y se acababa la jornada cuando se había ocultado. Hay que tener en cuenta que en los meses de Junio y Julio, el sol parece que está puesto en lo alto para durar siempre, con el sofocante calor, duro trabajo y no siempre bien comidos, los trabajadores, mujeres y hombres, no precisaban de ningún tipo de régimen ni deporte alguno para “estar en forma”. Entre estas personas no se veía ni un solo obeso; todos tenían, yo entre ellos, (que algo me tocó a mis once y doce años) una silueta de “figurín”.

Me gustaría tener la suficiente facilidad de expresión para poder describir aquí todas mis vivencias de tan lejanos tiempos; tener la maestría literaria suficiente para saber penetrar en la mente del lector y trasladarlo a aquellos lugares en la época en que viví mi niñez; tan triste a veces, dulce otras, pero casi siempre feliz y alegre; las carencias, grandes carencias, no mermaron la mejor de mis épocas, que como las de casi todos los humanos, no fue otra que la infancia.

Nace mi hermana Carmen.

El 14 de Agosto de 1940 nace mi hermana Carmen. De una manera muy remota recuerdo algunas cosas relativas a su nacimiento.

Esta hermana mía, cuando ya tenía seis o siete años, la llevaba con relativa frecuencia al cine (entrábamos ambos gratis), fue durante algún tiempo mi compañera de ir y venir al colegio, “presumía” ella de tener un hermano mayor. Luego, ya de mayores, cuando ella tenía unos diecisiete años, estaba deseando que yo volviera al pueblo con permiso; al ir acompañada por su hermano mayor, podía salir de noche; al cine, (por supuesto ya pagábamos la entrada), y a alguna fiesta de cierto barrio, donde hasta había baile; en fin, se convertiría en mi agradable acompañante; siempre nos llevamos muy bien y jamás nos peleamos.

Vino al mundo en una época en la que España entera estaba asolada por las secuelas de la casi recién terminada guerra civil. La escasez de comida, el estraperlo, los fallecimientos a causa del hambre, el racionamiento, al que antes he aludido. De tarde en tarde y en determinado lugar se vendían patatas al pie de un camión y una báscula. Se formaban grandes colas, la venta era restringida, no podía comprar cada cual la cantidad que quisiera, sino la estipulada en el momento. Por otra parte el dinero debía ser también muy escaso. No existía más crédito que el que algunos tenderos daban a determinados clientes.

La excelente salud de mi madre.

A los pocos meses de nacer mi hermana Carmen, fue a mi casa una mujer que vivía por allí cerca y conocía bastante a mi madre. Esta mujer cuyo nombre no recuerdo, (digo sí, lo acabo de recordar, se llamaba Cecilia) había dado a luz una niña, pero ella, la madre, no tenía leche en sus pechos para darle de mamar; al menos no la suficiente, y le pidió a mi madre si quería hacerlo, a lo que ésta accedió. Su posición económica no era mala para los tiempos que corrían,

y no se si daba dinero a mi madre, creo que no. De lo que si recuerdo es que compensaba su esfuerzo físico, trayéndole con frecuencia algunos comestibles para reforzar su alimentación. Comestibles que mi madre más que comérselos ella, nos los daba a nosotros, con las posibles malas consecuencias que ello podría haber acarreado para su salud; tenía treinta y siete años, amamantaba a dos criaturas con una alimentación deficiente. Pero su salud y fortaleza parece que no tenían límites; soportó bien aquella situación y aunque su aspecto físico no debía ser de los más florecientes de su vida, sobrellevó bien la situación y jamás estuvo enferma. Solamente tuvo un padecimiento: sus dientes, los que ya en su juventud le causaron problemas; nunca guardó cama por nada ni supe que en sus primeros ochenta años se pusiera una inyección. Llegó a la vejez con una salud de hierro.

Mi hermano Manolo.

El 12 de Diciembre de 1943 nace mi hermano Manolo; era una fría mañana de invierno. Aún no se había hecho de día, cuando Veni (once años), Paquita (nueve años) y yo, (siete años), estábamos durmiendo en el cuarto grande del fondo, y posiblemente por el trajín que había en la casa, nos despertamos, nos vestimos y nos dispusimos a atravesar el patio, gran patio, que tenía mi casa, para irnos a las habitaciones que había al otro lado, o sea las más cercanas a la calle. Mi hermana Jacinta, la mayor, tenía diecisiete años, se dio cuenta de nuestra maniobra, salió a una de las puertas del portal, la que comunicaba éste con el patio, y se dirigió a nosotros diciéndonos que nos quedáramos en la cama, que allí no teníamos nada que hacer; pero no le hicimos caso, atravesamos el patio y nos metimos en la habitación delantera que llamábamos cocina, donde había una gran lumbre de leña de monte que mi padre había encendido. Allí estaba mi abuela Ignacia calentando agua, y mi hermana mayor Jacinta, colaboraba con ella. No recuerdo si había llegado la comadrona, pero lo que si me acuerdo es que al poco rato mi hermano Manolo se dejó caer por este valle de lágrimas.

A los pocos años mi citado hermano Manolo sería en cierto modo mi compañero de juegos, mi protegido. Al que quería y sigo queriendo, pues era un niño vivaz y pícaro, salado como él solo desde su más tierna infancia, alegre y simpático, a quien yo podía enseñar cosas, mandarle quehaceres, dejarme acompañar por él en mis correrías campestres; en fin, aunque había entre nosotros siete años de diferencia, cuando lo tenía cerca, lo pasaba estupendamente con él.

Él por su parte, creo que vio en mí al hermano mayor que le servía de escudo, el que le abría camino en sus primeros pasos fuera y dentro de casa, y con el que pasaba muchas horas jugando y riendo en la seguridad de la protección que siempre le brindé.

En fin, mi hermano en su niñez, fue para mi algo singular, gratificante, muchas alegrías, y a veces algunos sinsabores, por las pequeñas y escasas trastadas que me hacía.

Mi primera incursión al río Guadiana.

Era primavera, posiblemente del año 1941 o tal vez del 1942. En mi casa no había nada que comer. Mi madre se desesperaba por encontrar harina para hacer la papilla a mi hermana Carmen. Mi padre, armándose de valor, un día a primera hora de la mañana, cogió con desespero una talega, se la metió en el bolsillo, me invitó a acompañarle y juntos salimos de casa hacía uno de los molinos de cereales que había a lo largo del curso del río. Era la primera vez que salía tan lejos de casa. Enfilamos la carretera llamada de La Alavesa, que va hacia las lagunas de Ruidera, y a unos seis kilómetros del pueblo nos topamos con el río Guadiana, muy pequeño todavía; nace unos kilómetros más arriba. Nos dirigimos a un molino que había cerca de la carretera. Entramos en la casa. Mi padre estuvo hablando con el molinero, al que sin duda alguna conocía. Se sentaron ambos y la mujer del molinero también. Yo salí al exterior a jugar con un niño que tendría mi edad, hijo de los molineros. Me llevó a la presa que tenían para acumular agua, la que al soltarla corría con fuerza y hacía mover la maquinaria del molino cuando querían ponerlo en marcha. A mis pocos años (tal vez cinco), la visión de tanta agua me impresionó y corrí alrededor de aquel pequeño embalse con cierto temor; no así el hijo del molinero, que al estar acostumbrado, aquello no supondría para él ninguna novedad. Al rato de estar correteando por allí mi padre me llamó y me dio un trozo de pan y un plátano que mi madre le había puesto en una taleguilla, para que se lo comiera él, que por aquellas fechas ya empezaba a estar delicado de salud. Yo en principio me negué a coger aquellos alimentos, diciéndole a mi padre que madre lo había echado de merienda para él. Mi padre me contestó: Tú hazme caso y cómete esto que te lo digo yo. Como quiera que ya estaba bien entrada la mañana y la cena del día anterior hacía tiempo que la tenía “digerida”, no me hice rogar, cogí aquello que mi padre me daba y me lo comí mientras continuaba jugando con el chico del molinero. Al rato mi padre me llamó, ví como se ataba a la cintura la talega mediada de harina (serían uno o dos kilos) que el molinero le había dado o vendido; la ocultaba con la chaqueta y nos pusimos en marcha en dirección hacía el pueblo. Durante la caminata de regreso noté a mi padre contento, iba golpeando con una vara las hierbas que sobresalían de las demás y creo recordar que hasta canturreaba, cosa poco habitual en él; quizá fuera por el “cargamento” de harina que llevaba consigo. Antes del mediodía estábamos en casa. Esa fue la primera vez que vería el río Guadiana. Con el transcurso del tiempo lo vería muchísimas veces más.

Algunas de nuestras obligaciones.

Muchos días, cuando salíamos del colegio, antes de comer, mi hermana Paquita (con la que hacía buenas “migas”, aunque nos peleábamos a veces) y yo, teníamos como misión recorrer algunas panaderías, intentando que nos vendieran pan blanco a precio tasado. Había muchas en aquellos años cuarenta. La mayoría, o quizás todas, clandestinas. Pero deduzco que se hacía con los panaderos la “vista gorda”. Nos conocíamos más de veinte, y nos las repartíamos de forma que cada día visitábamos tres o cuatro. Había ocasiones en que conseguíamos dos panes, de kilo, claro, que era la única pieza que fabricaban. Cuando esto sucedía volvíamos a casa la mar de contentos.

Con mi hermana Paquita, como antes digo, tuve algunas peleas; ella era alta, fuerte y dos años mayor que yo; “sacudía” de lo lindo; pero íbamos juntos a algunas de nuestras obligaciones; en el trayecto jugábamos a nuestra manera y creaba entre nosotros un compañerismo y unión que aún perdura, a pesar de nuestras habituales peleas de pequeños.

Pastor por un día.

Un día de invierno, con mis cinco o seis años, apareció por casa mi tío Teófilo, hermano de mi madre, con su rebaño de ovejas y cabras. Este tío mío no tenía hijos, y le propuso a mi madre que me dejara pasar el día con él. Mi madre accedió y me fui tras del ganado al lado de mi tío. Recorrimos algunos alrededores del pueblo, buscando pastos por donde los hubiera. A la hora de comer, sacó de su morral las viandas que llevara y me dio parte de ellas a mí. Pasé un buen día, pues para un niño de mi edad y en aquella época, ir con mi tío y su ganado, por lugares que nunca había visto, debía ser casi una aventura. Al atardecer me dio una naranja, que por cierto al pelarla y con el aire frío que venía, se me quedaron las manos más frías que un témpano. Al anochecer llegamos a su casa; él ayudado por su mujer, mi tía Sabina, (mujer muy limpia y trabajadora) se puso a atender el ganado, dándoles de beber, llenando de pienso los pesebres y posteriormente ordeñar a las ovejas y cabras. Al rato llegó mi madre a recogerme. Un poco después nos fuimos para casa con una lechera llena de leche, que mi tía nos dio, y ahí acabo la historia de ese día.

Por aquellos días mi tío Teófilo me regalo una chota (cría de cabra), que tuve algún tiempo; al principio era muy bonito tenerla, pero al final, mi madre se la devolvió; este animal necesitaba más cuidados de los que habitualmente le dábamos.

Incursión de maquis en Tomelloso.

Otro caso para mí relevante, ocurrió un día de vendimia, o sea, a finales de Septiembre o primeros de Octubre, del año 1945 o 1946, era por la mañana, iba yo hacia mi colegio, cuando a mitad del trayecto vi que la calle Oriente, muy ancha y despejada, estaba llena de gente, cosa impropia para aquellas fechas; la mayoría de los habitantes de Tomelloso se encontraban en el campo, en la faena de la vendimia. Pasé entre aquellas gentes y poco anormal pude ver, oía comentarios, pero no entendía lo que pasaba. Más tarde supe que una partida de maquis, sobrevivientes de la guerra civil, residuos del ejército republicano, o quizás milicianos, que a su modo seguían combatiendo, que más que combatir lo que hacían era sobrevivir como podían, subsistiendo a base de robar comida en los caseríos y Dios sabe de que manera más se lo montaban para no morir de hambre (allí en Tomelloso les llamaban chuchas). Estos maquis, cobijados por una familia del pueblo, de los cuales al parecer eran parientes, o al menos estaban conchabados con ellos, habían entrado en Tomelloso, quizá para aprovisionarse de comida. El caso es que la Guardia Civil se enteró, y supieron en la casa donde se encontraban, la cercaron por la noche, y al amanecer, posiblemente les conminarían a que se entregaran, lo que no harían, claro, iniciándose un tiroteo entre los sitiadores y sitiados, los que al parece estaban bien armados, según se dijo disponían hasta de granadas de mano, con el resultado de algún muerto o

varios, uno de ellos, decían que se había pegado un tiro él mismo; tenía un disparo de pistola en la cabeza, y la Guardia Civil les disparaba con fusiles. Creo que apresaron a uno o dos, pero uno de los maquis, herido en una mano, consiguió salir de la casa y corrió hasta una calle cercana, la que estaba cortada, o sea que no tenía salida, precisamente de las tres o cuatro calles sin salida que había en el pueblo por aquel tiempo. El maqui al encontrar la pared que le impedía continuar, tuvo la agilidad suficiente para saltarla y meterse en la casa a la que pertenecía dicha pared, huyendo y escapando del cerco que tenía hecho la Guardia Civil.

Este maqui llegó herido a un lugar, cuyo nombre nunca supe, y fue atendido por un médico, el que le curó la mano, pero al parecer no dio información de ello a la Autoridad.

Tiempo más tarde, no se cuanto, el maqui fue capturado y posiblemente “hábilmente” interrogado, cantó de plano, aunque en su confesión quizás no dijo la verdad. Al médico lo detuvieron y metido en el calabozo, pero según se comentó, la noche antes de tomarle declaración, se ahorcó con su propio cinturón. Además su confesión originó alguna detención que otra y cárcel para algún vecino.

Mi asistencia a espectáculos.

No quiero dejar escapar mi curiosa situación por aquellos años cuarenta. Resulta que por la profesión que ejercía mi padre, yo tenía acceso gratis a algunos espectáculos. Por ello, acompañado de mi padre, o mejor dicho, protegido por él, en compañía de mi madre y alguna de mis hermanas, entrábamos a la plaza de toros algún día de corrida, solamente durante la feria. Disfrutaba del espectáculo desde uno de los palcos, porque seguramente eran las entradas que se quedaban sin vender. Igual ocurría con el circo, el teatro o el cine, aunque a estos dos últimos solía ir solo con mi padre. Al teatro iba en contadas ocasiones; este tipo de espectáculo se daba muy de tarde en tarde; no ocurría así con el cine, al que a partir de los once o doce años iba solo o con la mas joven de mis hermanas; el portero era amigo y compañero de mi padre y nos dejaba entrar, no a butaca ni entradas numeradas, solo a general, claro (al que llamábamos también gallinero).

Precisamente, un día de feria, tenía yo por aquel entonces seis años, habíamos ido a los toros con mi madre y mis hermanas Paquita y Carmen, se lió una tormenta de viento y creo que no pudimos ver el final de la corrida, la cual seguramente suspenderían. Recuerdo ver en el ruedo al torero de turno envuelto en una ventisca; salimos a la calle como pudimos y nos refugiamos debajo del tablado de la música; empezó a llover torrencialmente. La gente se apretaba bajo el tablado para no mojarse, mi madre con Carmen en brazos no podía cogerme. Las apreturas eran tales que temía por mi integridad; no sólo por mi corta edad, si no que además tenía un apósito en el labio superior que me cubría una considerable herida que ahora cuento como me la hice. Amainó el temporal y pudimos salir ilesos, pero pasé más miedo que nunca; la herida la tenía reciente y mi temor era que la gente se apretujara tanto conmigo en medio, que me pudieran lastimar más de lo que estaba.

Una de mis cicatrices “de guerra”.

La citada herida me la hice unos días antes, estaba jugando con mis amigos, en mi calle, en los alrededores de mi casa, empujando la base de lo que fuera un carrito, al que no le quedaban más que el tablero del fondo y tres ruedas, una delantera y dos atrás, en forma de triángulo; me resbalaron las manos y di con mi cara encima de la rueda delantera, que por tener dos filos, me partió el labio superior, cuya cicatriz conservo. Al oír mi llanto acudió mi madre, y al verme el labio partido me cogió de la mano y me llevó a la casa de socorro, andandito, entre llantos y suspiros, distante un kilómetro más o menos del lugar del accidente. Allí me curaron, me hicieron mucho daño; sin ningún tipo de anestesia, me pusieron una grapa metálica para unir las partes partidas del labio; me colocaron un apósito sobre la herida, y unos días después me curaron nuevamente, haciéndome tanto daño como cuando me practicaron la primera cura. Pasada una semana me quitaron el apósito y me dejaron solo la grapa, que era dorada, la que llevé al aire otra semana más. Cuando llegó el día de tener que volver a la casa de socorro para que me quitaran la grapa, yo tenía más miedo que antes, por la experiencia precedente. Pero no, llegamos al puesto, me cogió el practicante y con una especie de alicantes agarró la grapa, tiró de ella y la sacó limpiamente, sin hacerme ningún daño. Aliviado de mis temores anteriores, salimos de la referida casa de socorro y nos fuimos a casa sin que en lo sucesivo tuviera otro percance o accidente parecido; tuve otros, pero no quiero “aburrir” más al posible lector contando estos hechos.

Mi primera comunión.

Y llegaron las comuniones. Había cumplido los ocho años, cuando me tocó. Mi preparación, como al resto de los niños de mi colegio a los que nos tocaba por aquella primavera del año 1945, nos la hizo el propio maestro de la escuela a donde iba. Recuerdo que teníamos que saber las oraciones principales, los mandamientos y alguna que otra cosa más. El caso es que llegada la fecha, el día anterior, sábado por la tarde, Don Ramón, mi maestro, nos llevó a la iglesia, donde después de la correspondiente espera, me tocó acercarme al confesionario y confesar; humillante sacramento éste que mucho tiempo después se practica poco, y al día siguiente, un domingo cualquiera, quizá del mes de abril, partiendo de la puerta del colegio, donde nos concentramos todos los que íbamos a tomar la primera comunión (aclaro que esta concentración por aquel entonces y durante algún tiempo, la hacíamos todos los domingos, con el maestro a la cabeza, para ir a misa) nos dirigimos a la iglesia (única por aquellos tiempos). Una vez allí, en ayunas de comida y bebida desde las doce de la noche del día anterior, me tocó el turno y comulgué por primera vez.

Al terminar, salimos de la iglesia y me encaminé hacia mi casa, solo, como la mayoría, por no decir todos los chicos. ¡Que diferencia con lo que es este acto hoy día! Bueno, no iba solo, íbamos otro chico y yo, que después seríamos buenos amigos. Él me iba contando que estaba desmayado, tenía tanta hambre que casi no veía por donde andaba, yo por mi parte pensaba “si este supiera que así voy yo todos los días al colegio y no siento ningún tipo de mareo ni nada que se le parezca”... Claro esto solo lo pensaba, no se lo decía a mi amigo; aunque hambriento tenía mi orgullo, y tener la “costumbre” de no desayunar por las mañanas no era necesario darle publicidad, se sufría en silencio y en paz.

Era costumbre del Ayuntamiento en aquellos años de hambre, dar de desayunar gratuitamente a todos los niños que tomaban la primera comunión. Así ocurrió cuando la tomaron mis hermanas mayores que yo. Les dieron chocolate y tortas (ensaimadas), ¡nada menos! Pero cuando me tocó el turno a mí, se ve que el edil de turno no se enteró del evento, o el presupuesto municipal no pudo cubrir este “despilfarro” para desgracia mía. Eso es mala suerte, un par de años antes, cuando hice mis peninos como cantor de villancicos tuve cerca de mí aquellos suculentos pasteles y no los alcancé; y ahora, cuando era costumbre dar chocolate y tortas a los niños que hacían la primera comunión, voy yo a hacerla y ... tampoco me toca esta gracia. Se ve que las únicas tortas que me iban a tocar, serían las de mano, no las que se comen.

Que no piense el “paciente lector”, que todo en aquella época eran tristezas, no, quizás es que yo no le estoy dando la suficiente amenidad al relato. En aquellos tiempos, aunque de grandes carencias, la gente en general sacaba humor hasta de debajo de las piedras. Es verdad que cuando no hay harina todo es mohína; pero también es cierto que en el correr de mi infancia fui feliz, pudiera ser porque no tenía suficiente capacidad de discernimiento para apreciar o mejor dicho ver lo que a mí alrededor sucedía.

La gente por lo general, en lo que yo podía apreciar, vivía con cierta felicidad los tiempos que nos tocaron, acaso sería porque en nuestro alrededor no veíamos otra cosa mejor, y entendíamos que vivir como lo hacíamos, era normal.

El estraperlo.

No sabré explicar muy bien lo que fue el estraperlo. Todos sabemos que estraperlo significa comerciar con aquellos productos que tienen prohibida su libre venta o circulación. Fue el estraperlo la forma de enriquecerse de algunos y el sobrevivir o subsistir de otros. En teoría estaban controlados todos los alimentos, o al menos los de primera necesidad, por ejemplo el pan. Sin embargo nunca hubo tantas panaderías como en el tiempo del estraperlo. Llamaba la atención la forma en que tenían los estraperlistas de traficar con los alimentos. Los panaderos cocían el pan a escondidas de las autoridades; pero sin embargo todo el mundo que podía pagarlo comía pan. En las tiendas había casi de todo. Como existía el racionamiento, al amparo de éste se tenían cantidades de cosas que excedían de las racionadas. Los pequeños estraperlistas, que abundaban mucho más que los grandes, se dedicaban a transportar los alimentos de primera necesidad de un lugar a otro. Unos lo hacían en carro y mula, otros en bicicleta. Era curioso ver a este tipo de estraperlistas, los de la bicicleta. Tenía dicho vehículo la rueda delantera normal, y la trasera era muy gorda, reforzada con una llanta más ancha y unos radios gruesos; transportaban una piel de aceite de unos cien kilos, a distancias superiores a los cien kilómetros, por sendas hechas por los mismos estraperlistas, que discurrían por laderas de montes, usando en pocos tramos las carreteras y caminos frecuentados.

En fin, poco más puedo añadir de este tema, que aunque de gran importancia durante los largos años que duró, por mi desconocimiento del mismo no lo haría suficiente ameno al lector. Nada más que añadir que según tengo entendido comenzó en la mismísima guerra civil y duraría hasta bien entrados los años cincuenta.

La riada.

Corría el año 1946, cuando ocurrió algo insólito en Tomelloso. Resulta que la primavera y el verano anteriores, fueron muy secos. De hecho fue famosa la sequía de 1945. No se muy bien lo que pasó exactamente pero lo cierto es que cuando llegó el invierno y primavera del año siguiente, por cierto muy lluviosos, propiciaron que se desbordara el río Guadiana. El cauce del río no fue suficiente para recoger todo el exceso de agua, y ésta cogió el camino más fácil, dirigiéndose a dicha población.

En aquella época era Alcalde de mí pueblo uno de los mejores hombres de los que rigieron su Ayuntamiento: Don Abelardo Contento, de profesión marmolista, y de un sentido común y autoridad sin precedentes.

Al tener conocimiento de lo que se veía venir, la inmensa riada, mandó levantar una muralla de piedra y tierra en la parte oeste del pueblo.(muralla que hasta hace algunos años había restos de ella) con el fin de contener las aguas y hacerlas ir en dirección norte, alrededor del pueblo y sin que tocara éste; con lo que consiguió que la inundación, enorme inundación, pasara de largo, sin apenas rozar Tomelloso.

Para construir dicha muralla, recurrió a todos los trabajadores, especialmente labradores, para que con carros y mulas, acarrearán piedra y tierra, y aportaran los hombres necesarios para hacerla realidad; poniendo los medios necesarios para evitar en lo posible “algunas deserciones”.

Como la riada era un espectáculo, recuerdo que mi madre nos llevó a la parte oeste del pueblo, donde vimos como volaban con dinamita un puente, para facilitar el paso del agua y dejar libre el cauce de un canal que había para recoger las aguas sobrantes del Guadiana.

También pudimos ver como eran evacuadas en barca algunas “mujeres de moral distraída”, que por entonces había en ciertas casas situadas más allá del antedicho canal.

Un incidente propio del hambre.

Esto que voy a contar, no fue vivencia mía, si no que me lo dijeron, creo que una de mis hermanas, pero no estoy seguro de quien fue. Pero el hecho parece que ocurrió de verdad.

En los días próximos a la romería (finales de Abril) era costumbre hacer hornazos, bizcochos o cualquier otra confitura para llevar a la fiesta. Se confeccionaban en casa y se llevaban al horno o panadería para cocer.

Pues bien, resulta que el primer año que se celebró la romería de Tomelloso, o quizás el segundo, o sea años 1.943 a 1.945. Uno de esos preparados, consistió en un enorme pan, que debería pesar varios kilos. Lo debió encargar una oronda señora, la cual lo llevaba abrazado con ambos brazos, por una de las calles céntricas del pueblo.

Por aquellos tiempos había grupos de chicos, golfillos, resultado de la posguerra, hambrientos zagales que se juntaban en pequeñas pandillas y sobrevivían como podían, haciendo pequeños hurtos o realizando cualquier trabajillo que se les encomendaba.

Volviendo a la oronda señora, no se le ocurrió otra cosa a la buena mujer que pasar con aquel gran pan entre los brazos, sin ningún tipo de embalaje, a la vista de todo el mundo, delante de un grupo de aquellos golfillos. Al verla, uno de ellos se separó del resto y acercándose ella, le pidió que le diera un poquito de aquel pan. Ésta, con cartas destempladas, lo despidió con algún ademán poco caritativo. El chico se alejó de ella, y posiblemente puesto de acuerdo de antemano con el resto, aparecieron por detrás dos o tres de ellos y le propinaron tal empujón que la tiraron al suelo. Al caer, no tuvo más remedio que abrir los brazos y parar la caída con las manos, soltando su preciosa carga, el que al ser redondo salió rodando por el suelo, resultado buscado por los zagales, que les faltó tiempo para cogerlo mientras rodaba y salir corriendo con él.

Cosas de aquellos años. El hecho, para la protagonista, no debió tener mucha gracia, pero mirándolo con buen humor, hay que reconocer que la picardía de los golfillos y el resultado de la treta, no dejó de tener un fin deseado por unos y buscado sin querer por la otra.

Nuestros baños veraniegos.

Tenía por costumbre mi madre bañarnos al aire libre. Muy de mañana, en verano, claro; llenaba de agua el tinajón (media tinaja de barro de arcilla que usaban mi madre y hermanas como lavadero), el cual estaba situado al fondo del corral, donde el sol daba desde temprano, y sobre las doce más o menos, con el agua tibia, nos metíamos los más pequeños y disfrutábamos como cosacos. Chapotear en el agua a pleno sol un día de verano, para nosotros era un verdadero placer.

Algunas de nuestras extrañas vecinas.

Una de nuestras vecinas, cuyo nombre omito, era una mujer un tanto peculiar. Se trataba de una viuda de buen ver, entrada en carnes, lustrosa ella y con tres hijos. No se si su viudez fue a consecuencia de la guerra o no; el caso es que no tenía marido. Pero viudas en aquellos tiempos y precisamente en mi calle, habían varias, consecuencia de la guerra casi todas ellas; pero no todas, o mejor dicho ninguna, hacía lo que ella. La mayoría de las viudas trabajaban en lo que podían para sacar adelante a los hijos que tenían. A la que me refiero no trabajaba. Bueno, no trabajaba para nadie, solo se dedicaba a sus labores de ama de casa, y en ella recibía a un hombre mayor. Este buen hombre, que era viudo, bajito y rechoncho él, llegaba por las noches, se acercaba al corro de vecinos, formado especialmente por mujeres y niños, que tomaban el fresco en verano, le facilitaban una silla, se sentaba y charlaba con los allí presentes; y cuando se hacía tarde, nos íbamos marchando cada cual a nuestras casas, pero él, que vivía en otro barrio, entraba en la de su “amiga” y se quedaba dentro, como si fuera su marido. A la mañana siguiente se marchaba para su casa como quien se va al trabajo y aquí todos contentos.

La situación de esta señora la encontrábamos anómala, pero era bien tolerada y aceptada por los vecinos. Criticada pero aceptada. De esa manera, esta mujer, soportando al casi anciano “amigo”, mantenía su casa y a sus hijos de una forma cómoda y sin pasar penurias.

Otra extraña vecina, cuyo nombre también omitiré, la sacó de una casa de “mujeres de moral distraída” un vecino de allí, bastante mayor, pero como hacía tiempo que era viudo, el hombre, ya jubilado, distraía algunos de sus muchos ratos de ocio, en las casas de dichas mujeres. Y de una de éstas se trajo a una andaluza de cuarenta y tantos años, bastante simpática.

El hecho de que una mujer dedicada a la prostitución, entrara a convivir con dicho vecino y con sus hijas (tenía dos, ambas viudas) y nietos, no era nada normal, pero parece que fue aceptada sin problemas aparentes la situación creada. Bueno, digo sin problemas, pero la realidad es que alguna que otra vez se tiraban los trastos a la cabeza, pero se toleraban. La tal mujer con su simpatía de andaluza y buena disposición para todo, no hizo que la convivencia fuera demasiado incómoda. Se adaptó al entorno y vivió allí varios años, hasta que envejecido el vecino que la trajo a su casa y por supuesto ella, un día desapareció de allí y nunca supimos que fue de su vida.

Personajes curiosos.

En el transcurso de mi vida he conocido varios personajes curiosos, no hablaré de todos, pero sí de alguno de ellos:

Una de estas personas fue **mi tía Dolores**. Esta tía mía, hermana de mi madre, cinco años mayor que ella, se quedó viuda antes de la guerra civil, vivía en una casa de planta baja, como casi todas de aquella época. No se de que forma se ganaba la vida antes de yo tener conocimiento, pero cuando empecé a darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor (sobre los cinco años), supe que esta tía mía, por la mañana tenía un puesto de verduras en el mercado; y por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, ponía en la calle principal, al aire libre, otro puesto, esta vez de pipas, cacahuetes, avellanas y otros frutos secos. Mas tarde, mi tía Dolores que debió ser muy emprendedora, dejó de vender verduras y chucherías y comenzó a ejercer de recadera entre Tomelloso y Madrid. Recogía paquetes de comida que sus madres mandaban para los soldados que hacían la “mili” en la capital. La comida que normalmente mandaban las familias a los suyos consistía en dos o tres panes redondos y chorizos; cada cual según sus posibilidades. El caso es que los domingos por la mañana cogía el tren cargada de bultos. Lo que nunca me expliqué es de que forma se valía ella sola para trasladar tanto bulto cuando tenía que hacer el cambio de tren a que estaba obligada al llegar al apeadero de Cinco Casas, situado a veinte kilómetros de Tomelloso; posiblemente pediría ayuda a algún viajero. Llegada a Madrid, se hospedaba en una casa cerca de la estación y allí acudían los soldados a recoger lo que sus madres les enviaban. En el viaje de vuelta les traía a las familias lo que los soldados le entregaban, principalmente ropa sucia.

Cuando en los cuarteles se empezó a comer mejor y se dejó de enviar comida a los soldados, el negocio se fue abajo. Pero no por eso mi tía dejó su actividad, al contrario, la amplió. Como quiera que el comercio en aquella época no estaba muy surtido de ciertos productos en Tomelloso, y por tanto había algunas carencias, se hizo con una clientela de gente pudiente y en vez de paquetes a los soldados, lo que hacía era recoger encargos y traer todo lo que su nueva clientela le pedía.

Los encargos que le hacían los compraba en determinadas tiendas, tales como el Corte Inglés, Sederías Carretas, etc. El transporte dentro de Madrid lo hacía en el metro; sus posibilidades económicas no daban para más.

Pero lo maravilloso del caso de esta mujer, y hoy aún me lo pregunto: ¿Cómo **sin saber leer ni escribir** conseguía orientarse en las diferentes estaciones del metro? Y ¿Hasta donde llegaba su privilegiada memoria para acordarse de todo lo que le encargaban?

La conocían en todo el pueblo, bueno o casi todo. Su fama llegó hasta tal punto, que en el periódico provincial le hicieron un reportaje ensalzando sus cualidades y poniendo de manifiesto su extraordinaria memoria.

Fallecería a los setenta y cinco años, como suele decirse “con las botas puestas”; su muerte fue a consecuencia de un accidente que tuvo precisamente al entrar en el metro.

Otra persona que destacaba entre los demás fue un hombre llamado **Áureo**. Lo que motivaba el que llamara la atención fueron su forma de vestir y su amor y dedicación a sus caballos. Habitualmente solía vérselo por la tarde, conduciendo uno de sus singulares carruajes, tirados por uno o dos; a veces iba montando uno de ellos, sin carruaje. Los animales que exhibía eran preciosos y muy cuidados. Siempre iba muy bien vestido. Posiblemente estaba soltero y sin familia. Era un hombre extraño. Nunca lo vi acompañado de nadie. Quien lo define muchísimo mejor de lo que yo pudiera hacerlo, no cabe duda que fue Francisco García Pavón, quizás el más destacado de los escritores de Tomelloso, lo nombra en su libro *El rapto de las Sabinas*, relata en él que cuando al venir Plinio (policía creado por el escritor) con su amigo Don Lotario, (Veterinario, amigo inseparable de Plinio), antes de llegar a Argamasilla, recién pasadas las Moyas, vió un viejo camión averiado apartado en una cuneta; y del citado libro transcribo literalmente: “Y sobre la carrocería, un caballo gris. Dos hombres miraban y remiraban el carruaje con cara de pocas esperanzas. Don Lotario frenó por si podía ayudar.= Atiza, si es el caballo de Áureo –dijo mirando con ternura al animal aburrido.= Pocos deben quedar ya en el pueblo.= Que yo sepa éste es el último.= Y seguramente se lo llevarán al matadero... o a los toros.= Todavía está de buen ver para echarlo a picadores.=... El caballo gris quedó sobre la carrocería mirando a uno y otro lado con desgana. Debía importarle todo muy poco. Después del amo Áureo que lo cuidó como a un príncipe, que lo tuvo por su mejor amigo y con él se desahogaba de sus pesares, nada mejor podía venirle. Áureo solía echarles grandes discursos a sus caballos. Discursos sobre política, moral y convivencia. Y fue tan leal al gris, por nombre Floridor, que cuando por sus achaques tuvo que deshacerse de la cuadra, tílburí, tartana y cesto, se quedó con él para que no saliese de su casa hasta después de su entierro.= Áureo fue hombre que en su larga vida sólo se llevó bien con los caballos. Con los humanos siempre andaba un poco escorzado. En negocios y relación hizo lo que no había más remedio, pero los caballos fueron sus hermanos y tertulia, su senado y gobierno, su cabildo y concejo, su coro y su corro, sus hijos y compadres. En la prima mañana de los veranos, apenas el sol asomaba la ceja, con el puro en la boca y mirando un poco hacia el cielo como él decía –que también le llamaban “miracielos”- salía raudo con su tílburí y el caballo de turno a cansar los vientos. En invierno paseaba en tartana, bien rebozadas las piernas con una manta y siempre el puro en la boca.= A los anocheceres cruzaba la plaza como un auriga romano, sobre su cesto, despreciando

automóviles y motos. De joven también era jinete corbetero y casi despótico. Se le veía trotar con el puro en la boca y mirando a los cielos como si no quisiera perder de vista el humo de su tabaco. Fue el último centauro del pueblo. Su suspiro postrero fue para aquel Floridor que llevaba semanas arrumbado en la cuadra, sin los discursos y azucarillos del amo Áureo. En los claros de su agonía oía el cocear del caballo impaciente y dicen que decía: “Espera, Floridor, que ya nos vamos”.= Cuando iba a caballo no saludaba a nadie. Estaba en su trono. Por no sé qué paso atrás de su naturaleza, no era hombre sino a horcajadas de una bestia. A veces hacía exhibiciones triunfales. Y sacaba sus seis caballos –que hasta seis llegó a tener- enganchados en su landó de tronco. Vestido de pana rojiza, con gorra de visera y el puro enhiesto, surcaba las carreteras en una borrachera de galopes y trallazos al aire. Al verlo avanzar entre el polvo, los autos se aparcaban junto a la cuneta, porque Áureo, como un emperador cargado de triunfos, no reparaba en obstáculos. Odiaba los motores y las bicicletas. Cuando veía alguna junto a una acera y sola, le arrojaba el carruaje a toda marcha para tirarla con el cubo de la rueda y hacerla una chatarra. Verlo con doce riendas en la mano, a todo galope por el camino del Salto, era espectáculo que enloquecía a todos los chicos del pueblo.= Una vez que estuvo malo el caballo gris, dormía con él en la cuadra, bajo la misma manta y abrazado a su cuello para darle calor. Decía entender el lenguaje equino y aseguraba que la vida de un jaco valía por la de cien hombres. A las yeguas las trataba con galantería tiernísima. Y según don Lotario, que fue su veterinario, les daba de comer flores y bombones como un enamorado.= En verano, acampaba unos días junto a las lagunas de Villafranca, para bañar los jacos a gusto. Y apenas les notaba frío o dolor, obligaba a don Lotario a pasarse horas en vela junto a sus bestias como si fueran criaturas. De farmacopeas equinas sabía más que nadie. Y un día que fue preciso matar a un caballo cojo, él mismo lo punzó para que se sangrara dulcemente mientras le daba azucarillos y palabras de ánimo.””

No quiero pasar por alto a **Triguero, el poeta cantor.**- Era este hombre un tanto peculiar. Se ganaba la vida empujando su carretilla, vendiendo verduras por la calle cualquier día de la semana, pues para él no había sábados ni domingos. Bueno a decir verdad eran muchos los que en aquella época no disfrutaban de días festivos, entre ellos mi padre, que todos los días del año, de enero a diciembre, hacía su turno de ocho horas diarias, sin más vacaciones que el pico y la espuerta con los que cavó y sacó toda la tierra que el subsuelo de mi casa le dio, para hacer adobes de barro que luego vendía. Bueno, volviendo a Triguero. Este hombre, de gran estatura, corpulento, vestido con su mono azul y su pequeña boina, iba por mitad de la calle vendiendo sus verduras.

Hasta ahí todo normal. Pero lo peculiar de él era que de cuando en cuando se paraba, dejaba su carretilla “en su lugar descanso” y se inventaba una poesía con cualquier motivo que tuviera a mano: Por ejemplo un caso que hubiera ocurrido recientemente en el pueblo, o simplemente una mujer que en aquel momento estuviera barriendo la calle. Así de sencilla transcurría la vida de este hombre, cantando a la vida y alegrando la existencia de todo el mundo. A todos conocía y le conocían, y de cuando en cuando, si pasaba un rato sin cantar, no faltaba quien le animara y le dijera: “échate una, Triguero”. Y con este ánimo que le daba la gente, rompía a cantar “otra de sus creaciones”. De esta manera peculiar y sencilla se pasaba la vida alegrándose y alegrando el día a todos aquellos que por su alrededor transitaban.

La primera vez que vi un billete de 1.000 ptas.

Sería aproximadamente el otoño del año 1944. Mi padre, que entre sus ocupaciones tenía a su cargo la cobranza de los recibos anuales que como iguala pagaban los asegurados a un médico llamado Don Eutiquiano. Cuando acababa la vendimia, época en que los labradores cobraban las uvas que vendían, tenían más dinero, y era entonces cuando mi padre los visitaba y les cobraba el recibo. Pues bien, con motivo de su cobranza, llegó a sus manos nada menos que **un billete de mil pesetas**. Casi nada. Visión como ésta, tan rara en aquellos lejanos tiempos, no dejaba de ser una gran novedad. Al mediodía, quizá antes de comer, lo exhibió ante nosotros como quien tiene en sus manos un gran trofeo. Recuerdo con claridad su expresión: “Con cuatro o cinco mil de éstos me conformaba yo”. Anda que el abuelo tampoco se quedó corto. Cuatro o cinco millones de pesetas, en aquella época, eran suficientes para comprar medio pueblo. Siempre se exagera, claro, pero no dejaba de ser una enorme cantidad. El hecho en sí no tuvo mayor relevancia, pero aquella visión dejó un recuerdo en mi memoria que no lo he olvidado en todos los años transcurridos hasta hoy.

Mis correrías por los campos de los alrededores.

Tengo muchos recuerdos gratos de mi niñez, uno de ellos son aquellas correrías que hacíamos por los campos a partir de los ocho años más o menos. Éstas correrías ocurrían en las primaveras especialmente; allá por los meses de abril, mayo y parte de junio, cuando los sembrados de cereales, trigo, cebada, avena, centeno y algunas legumbres, experimentaban su mayor crecimiento. Las tardes eran largas, lo que aprovechábamos a la salida del colegio, pasar por casa, dejar el cartapacio, (bolsa de tela confeccionada por mi madre, que llevaba colgada a la espalda a modo de cartera, donde metía los pocos instrumentos que llevaba a la escuela) y salir corriendo hacia el campo. Campo, bendito campo, que libertad se experimentaba, correteando por aquellos caminos, bajo los rayos ya calientes del sol que nos llenaban de energía y ganas de saltar, gritar, tirar piedras y hacer todo aquello que se nos antojaba. Buscábamos unas legumbres parecidas a los guisantes que crecían salvajes, a las que llamábamos titos, arrancábamos la mata y nos comíamos los granos tiernos; cogíamos las espigas de la cebada, ya granadas, pero tiernas, pelábamos los granos uno a uno o a pares y nos los comíamos también. Estaban riquísimos, nos servían de magra merienda, pero el caso era mover el bigote.

Una de mis aficiones era cazar grillos. Se requería cierta técnica, había que emplear métodos muy curiosos. Primero nos orientábamos por su canto de gri gri, y nos situábamos en contra del viento, para que el bichito no nos oyera, y muy lentamente nos acercábamos hasta donde tenía su cuquera, un agujerito que hacían en la tierra y conocíamos por las cagaditas que dejaban fuera de él. El grillo, unos dos o tres metros antes de que llegáramos hasta su agujero nos oía y dejaba de cantar, por lo que a partir de ahí, buscábamos su escondite. Una vez localizado éste, lo primero que hacíamos era introducir una paja en el agujero para hacerle salir, lo que a veces conseguíamos a la primera. Si esta primera táctica fracasaba, procedíamos a orinarnos en el agujero, haciéndole salir a toda prisa, pues le inundábamos la casa. Si este procedimiento fallaba también, o bien se nos agotaba el material causante de la inundación, léase la orina, recurríamos al último extremo, que consistía en coger una piedra y empezar a escarbar

al final de donde calculábamos que llegaba la paja. Este procedimiento era infalible, aunque a veces lo sacábamos muerto por la piedra al escarbar. Una vez cogido el grillo, que saltaba lo suyo, lo metíamos en un bote vacío, le echábamos hierba para que fuera comiendo y a buscar otro. Si era una hembra la desechábamos, sin matarla, claro, porque las grillas no cantan. Cuando el sol estaba próximo a ocultarse, regresábamos a casa, colgábamos el bote con los grillos y los escuchábamos cantar; cuando querían hacerlo.

Tardaría mucho en terminar este relato si fuera capaz de explicar en él todo cuanto me aconteció durante mi niñez, correteando por aquellos extensos campos de Tomelloso. Fueron tantas mis correrías por sus alrededores, tantas carreras, tantas salidas hacia el exterior del pueblo, vivencias, pequeños tropiezos, leves heridas, alegrías, y por qué no decirlo, a veces también sinsabores, que de todo hubo. En fin, lo que más recuerdo de aquella época, mi época, fue la libertad con que me desenvolvía, la belleza del horizonte lejano, las blancas nubes, vistas puesto de espaldas, tumbado en la hierba; la inmensa llanura, la nitidez del cielo... y tantas cosas bonitas que viví durante los mejores años de mi vida, mi infancia, que como antes creo haber dicho, pienso que es la mejor época de la vida de toda persona.

Un desagradable incidente.

Pero no todo fue bonito, pues un día, (tendría yo unos ocho años) cuando regresábamos de una de nuestras correrías, con un manojo de matas salvajes con legumbres tiernas, ya cerca de las afueras del pueblo, al pasar frente a una huerta, nos adentramos por la linde de ésta con otras tierras, y nos entretuvimos mirando los cultivos que allí había, viendo las vainas de ciertas legumbres; y aquí vino el mal trago. Un grandullón de unos veintitantos años, venía corriendo desde la casa próxima hacia nosotros. Yo estaba distraído mirando las tiernas legumbres, y por que no decirlo, cogiendo algunas. Mis compañeros de correrías de aquel día, que serían los habituales de cada salida, se percataron a tiempo y pusieron pies en polvorosa; en cambio yo, que a pesar de que era uno de los más rápidos corredores, reaccioné tarde; y aquel tipo me alcanzó y sin dejar de correr tras de mi, se lió a darme patadas en los riñones hasta que me dejó la espalda llena de cardenales. Cuando se cansó de maltratarme continué hasta mi barrio (que estaba bastante cerca) y con la cara compungida y mi manojo de matas bajo el brazo, entré en mi casa.

La sisa de una peseta que le hice a mi madre.

Tendría yo unos ocho años, cuando una tarde mi madre me mandó a una panadería lejos de mi casa, donde habíamos dejado apalabrado el que nos vendieran un pan durante nuestros habituales recorridos matutinos. Llegué a la panadería, y la panadera, muy amable, me entregó el pan que iba a buscar y al preguntarle el importe me contestó que dos pesetas. Saqué el dinero del bolsillo, le pagué y me fui. Pero resulta que habitualmente el precio que todos los panaderos nos cobraban por el pan, eran tres pesetas, dinero que yo llevaba, y al llegar a mi casa le entregué el pan a mi madre y me quedé con la peseta sobrante, sin decirle nada de que me había costado menos de lo habitual. Al día siguiente, camino del colegio, en ayunas, como era costumbre, pasé

por una tienda y me gasté la peseta comprándome un cuarto de kilo de algarrobas troceadas. Llegué al colegio y sentado en uno de los últimos bancos de la clase, a escondidas del maestro, estuve comiendo algarrobas casi toda la mañana, hasta que di fin al cuarto de kilo. Nunca le dije a nadie el hurto que hice a mi madre, pero siempre lo llevé en la conciencia como una mala acción; por supuesto con arrepentimiento, pero sin posibilidad de reparación.

Los baños de El Peral.

Están situados cerca de Valdepeñas. Allí fui con mis padres en Agosto de 1947. El motivo no fue otro que intentar mejorar la salud de mi padre, el cual, con sus cuarenta y siete años, hacía tiempo que acusaba las secuelas que le dejaron las calamidades que sufrió durante su larga permanencia en el norte de África, durante sus más de tres años de servicio militar. Yo, por aquellas fechas contaba con diez años. Era la primera vez que me alejaba tanto de mi pueblo. El caso es que una cálida noche del referido mes, salimos rumbo a los baños de El Peral. Fuimos con una familia amigos de mis padres, en sus carros, llegando a nuestro destino sobre las diez de la mañana del día siguiente al de nuestra partida; en total unas diez u once horas de viaje.

Mi llegada a un sitio tan diferente de mi entorno habitual, supuso una gran experiencia en mi hasta entonces corta existencia. Tan distinto de mi pueblo y sus alrededores, con unos paisajes que me parecieron maravillosos; tanto verdor, belleza y encanto, con las gentes que por allí había tan dispuestas a la fiesta, diversión y holganza, dado que todo el mundo (menos los que estaban al cuidado de todo aquello) estaba de vacaciones.

Se hallaban ubicados los referidos baños en un hermoso valle, rodeado de espléndidos ámbitos y algunas instalaciones, pocas, pero las suficientes para que los veraneantes, especialmente los jóvenes, se lo pasaran bien. Los baños terapéuticos se tomaban dentro de unas cabinas individuales, en una bañera que una mujer limpiaba y llenaba de agua caliente, quizá termal, que al parecer tenía ciertos poderes curativos. Entre las pocas instalaciones habían dos piscinas, para señoras y caballeros (en aquellos tiempos no en todas partes se bañaban juntos hombres y mujeres), aunque los niños teníamos libre acceso a ambas.

Me es difícil explicar todas las emociones que sentí en aquel inesperado viaje. Tantas novedades en el corto lapso de tiempo transcurrido, y lo que para mis pocos experimentados ojos suponía mirar el verdor de todo aquello, sus montes cercanos, riachuelos, plantas y agradable entorno.

En la grandiosidad de aquel lugar, todo se me antojaba fabuloso, especialmente una larga alameda que discurría desde cerca de nuestro alojamiento hasta el lugar donde estaban las instalaciones a que antes me refiero.

Después de diez días de permanecer en aquel sitio, volvimos a Tomelloso, mi pueblo, reintegrándonos a nuestra vida cotidiana.

Diferentes puntos de vista.

Treinta años después, aprovechando uno de mis viajes a Tomelloso, quise volver a aquellos parajes. Así es que se lo propuse a mi madre, la cual aceptó encantada, y junto a mi mujer, subimos a mi viejo R-8 e iniciamos el viaje, sólo que esta vez no duró más de una hora.

Llegados al sitio, todo aquello que muchos años atrás me pareció fantástico, ahora, con mis cuarenta años, si bien lo seguí considerando un lugar bonito, no lo encontré lo grandioso que me pareció en mi niñez.

En estos momentos, como en tantos otros, me gustaría tener la maestría literaria suficiente y encontrar las frases adecuadas, para poder describir aquí la gran decepción que sufrí. ¡Qué diferencia tan grande entre lo que vi de niño y lo que estaba viendo a mis cuarenta años!

La trilla.

Era normal en aquellos tiempos, me refiero al año 1.948, que los chicos de mi entorno trabajaran en el campo, durante largas temporadas o al menos en dos épocas del año; una a principios del verano, en la trilla, la otra la vendimia, a finales del verano y principios del otoño. Ahora me referiré a la trilla. Era ésta una labor que se le hacía a los cereales, para separar la paja del grano. Los segadores, que llevaban a cabo su labor a mano (en aquella época aún no se usaban apenas las máquinas) cortaban la mies, la ataban en haces, los cargaban en carros y los llevaban a las eras. (Creo que antes he explicado lo que eran las eras). Una vez la mies allí, se desataban los haces y se extendían en un redondel de aproximadamente diez o doce metros de diámetro, bueno quizás fueran mayores. A este redondel se le llamaba parva. Una vez extendida la mies, se cogían un par de mulas y se les hacía dar vueltas durante unas horas, para que asentara un poco la referida mies; después se enganchaban las mulas, casi siempre dos, a la trilla, artefacto éste de madera gruesa, de unos dos metros de largo por uno treinta de ancho más o menos, la cual llevaba incrustados en su cara inferior, múltiples trocitos de piedra parecida al mármol, llamada pedernal, muy duros y afilados. La labor del chico, llamado trillador, si bien usualmente se le llamaba trillador, consistía en conducir a los animales para que dieran vueltas y más vueltas sobre la parva, con el fin de que la trilla o trillo fuera cortando la mies, procurando no pasar siempre por el mismo sitio. Luego al cabo de varias horas de esta cansina labor, con unos instrumentos llamados horcas, hechos con ramas de árbol, entre un hombre y el trillador, se le daba vuelta a la parva, de forma que la parte no triturada fuera hacia arriba, para poderla trillar. La faena era bien sencilla, pero si contamos con que se iniciaba antes de salir el sol y salvo breves descansos, durante la segunda quincena de Junio y casi todo el mes de Julio, cuando salía el sol manchego sobre las cinco o cinco y media de la mañana, dispuesto a secarte los sesos durante quince horas diarias aproximadamente, con unos minutos que se perdían para almorzar a las nueve de la mañana más o menos y después al mediodía, dejar la trilla, ir andando desde las afueras del pueblo, donde habitualmente estaban las eras, hasta el centro, a la casa del amo, aproximadamente un kilómetro y medio, a recoger la comida, llevarla a la era, otro kilómetro y medio de vuelta, y comer; la verdad es que no era tan sencillo; después de comer, el hombre que

habitualmente estaba en la era, en mi caso un hijo del amo, se echaba a dormir la siesta, pero el trillador, o sea el que suscribe, con el último bocado de comida en la boca, se subía a la trilla y arreaba a los animales para continuar su “divertida” labor. A veces me dejaban un ratito libre que junto a otros trilladores aprovechaba para tirarnos agua y bañarnos. En el atardecer, cuando el sol había “gastado” sus energías achicharrantes, era bonito ver al trillador cantando sobre la trilla y arreando a los animales. Bonita estampa la que hacía un niño de once años, sin más indumentaria que un sombrero de paja, una camisa de manga larga y un pantalón, también largo (el primer pantalón largo que me ponía). Las mangas y patas largas eran sencillamente para proteger brazos y piernas de los arañazos que a poco que te descuidadas te propinaba la mies antes de trillarla. Al ratito de ocultarse el sol, aún con luz, se desenganchaban a los animales, se les conducía a la cuadra y después de echarles pienso agarraba otra vez el camino a casa del amo a por la cena. Cuando terminábamos de cenar, aún me quedaban ganas de reunirme con otros trilladores del entorno y durante un corto rato, jugar al escondite o a cualquier otra cosa. Al acostarme, ya rendido, sobre la mies, en la misma parva donde me había pasado todo el día dando vueltas con los animales y la trilla, bajo las estrellas, tapado con una manta, que a veces era la misma que se usaba para proteger a las mulas de otros arreos, casi siempre mojada por el sudor del animal; no hacía falta que viniera nadie a cantarme una nana para que cogiera el sueño.

Esta faena la hice por primera vez a los once años, por cinco pesetas al día, y la comida, con un trato por parte de los mayores un tanto desdeñable, con algún insulto con que alguna vez que otra me “premiaba” el hombre encargado de la era; el único aseo que teníamos era el que nos proporcionábamos tirándonos cubos de agua unos a otros, además de bañarnos “en porretas”, (esto muy de vez en cuando); sin ver a mi madre ni a mis hermanos ni una sola vez durante toda la duración de la faena, unos treinta días; solamente vería en una ocasión a mi padre, cuando llevaba unos quince días, venía a traerme una camisa limpia y a llevarse la sucia; bueno sucia no era la mejor palabra para definirla, estaría más tiesa del sudor y polvo que un ajo porro.

Visto tal como lo he contado no nos diferenciábamos mucho de algunos niños de hoy día del tercer mundo; pero esa fue la realidad de aquellos tiempos. Sin embargo tenía la alegría propia de mis años; sabía que era lo que me tocaba hacer y no me desesperaba, al contrario, cualquier ratito que tuviera libre lo aprovechaba para jugar en un canal de agua, un riachuelo o ramal del Guadiana que pasaba cerca del lugar donde me encontraba, donde se criaban ranas; me divertía mucho coger renacuajos, gordos y tripones, y tirarlos contra la superficie; se les reventaba la barriga y se les salían las tripas, sus congéneres venían a comérselos, aún vivos, y con eso disfrutábamos. Éramos así de bordes.

Un hecho que no se me olvida fue el que me ocurrió uno de los dos años que hice la trilla. Resulta que a mitad aproximadamente de estar haciendo esta faena, me dió diarrea. Pero una diarrea de esas que solo se echa líquido. Creo que tuve fiebre. Cuando llegó la hora del almuerzo, cansado, posiblemente deshidratado, con más ganas de acostarme a la sombra que de seguir haciendo mi labor, le dije al capataz o hijo del amo, que no quería almorzar, que me encontraba mal, y éste sin más contemplaciones me dijo “pues nada, sube a la trilla, arrea a las mulas y sigue trillando”. Así éramos de “importantes” los niños en aquella época. Pero lejos de coger un trauma por este trato hacia mi persona, continué mi faena, se cortó la diarrea cuando

quiso, aguanté las quince largas horas al sol, con la ligera indumentaria que antes he dicho y adelante. Con razón el que no se moría durante la infancia de aquellos tiempos, "no lo mataba ni el cólera". O sea que o te hacías más duro que un cuerno o te ibas al otro barrio. Y gracias a que fui de los más afortunados; la mayoría de los niños de mi entorno empezaban este tipo de labores, y otras más duras, a los ocho años.

A veces pienso, hoy, tantísimos años después, como fue posible que aguantáramos tantas horas al sol, a nuestra corta edad, soportando los rayos de ese implacable astro, sin desmayarnos, ni agarrar ninguna otra enfermedad que alguna diarrea pasajera. Se ve que estábamos hechos de hierro en vez de carne y hueso.

Cuando terminé la trilla aquel año, el veintitantos de Julio, cobré mi primer jornal, que por supuesto entregué a mi madre, volví a mi casa y hasta después de la feria, a mediados de Septiembre, libre como un pajarito, a hacer mis correrías con mi amigo Ricardo; a andar y corretear, libre, por aquellos parajes. Sin que nadie me lo dijera, el hecho de haber acabado aquel trabajo era como convertirme en un chico mayor, y si bien anteriormente tenía libertad, al realizar mi primera labor remunerada parecía como si hubiera saltado una barrera más.

Quisiera referirme también a la otra faena remunerada que ejercí en mi niñez, pero no lo haré, para evitar hacerme el "pesado".



La ventaja de criarse en una familia numerosa.

Cuando un niño se cría en el seno de una familia numerosa, no cabe duda de que su vida transcurre de forma diferente a aquellos otros que no la tienen. Es verdad que también surgen inconvenientes, especialmente en aquellos años de carencias, tales como el tener que repartir entre los hermanos la a veces escasa comida y ropas, las peleas, algunas riñas que nunca llegaban a ser grandes disputas; pero todo ello quedaba compensado con creces con la alegría que nos contagiábamos unos a otros, las constantes risas, mofas, pequeñas grandes diversiones que

nosotros mismos nos buscábamos; las situaciones cómicas que surgían de la nada. Siempre recordaré aquellas tardes de verano, cuando en vez de dormir la siesta, nos dedicábamos a jugar y reír, especialmente con Paquita “la Chata” que era la payasa de la familia. Una de sus comicidades consistía en disfrazarse con ropas viejas que había en los baúles y hacer unos “números” que ella se inventaba y con los que nos lo pasábamos en grande. En fin, pequeñas cosas con las que la convivencia entre hermanos fuera mucho más agradable.

Mi escuela.

Cuando cumplí seis años, o mejor dicho, un mes y medio antes de cumplirlos, mi padre me llevó por primera vez al colegio. Estábamos a mediados de Septiembre de 1942. Hasta esos días no había cogido nunca un libro, ni lápiz ni instrumento alguno de aprendizaje de las primeras letras. El colegio estaba dentro del pueblo, por supuesto, pero a una distancia de un kilómetro o más de mi casa. Iba habitualmente con mis hermanas Veni y Paquita. La mayor de ellas, Veni, se ponía muy bien en el papel de hermana mayor, siempre fue callada, pero sabía hacer que la traviesa Paquita se portara bien durante el largo trayecto hasta el colegio. Recuerdo que algunas veces volvía solo, no se por qué. La clase era espaciosa, con dos grandes ventanales orientados al Sur, por los que por las tardes entraba un espléndido sol, sobre todo en primavera y otoño. El mobiliario lo componían doce o quince pupitres dobles, una luz colgando del techo, un encerado, (pizarra fijada sobre la pared) en la cabecera del estrado, donde normalmente estaba el maestro, el cual disponía de una mesa; también había un mapa. Mi primer maestro se llamaba Don Ulpiano. Era mayor, posiblemente estaba cerca de la edad de la jubilación. El caso es que quizás debido a su vejez, faltaba algunos días a clase, y en su lugar venía un hijo de él. Un chico de unos dieciocho o veinte años, al que yo interiormente apodaba “el zángano”, el cual se dedicaba junto con los chicos más mayores a mofarse de los niños más pequeños, entre los que me encontraba yo. Un día en la clase de la tarde, a la que faltó Don Ulpiano y le relevó su hijo, entraba un hermoso sol por las enormes ventanas que tenía la clase; y como quiera que me entró modorra me quedé dormido con la cabeza sobre el pupitre. Mi desagradable despertar fue provocado por un chorro de agua que me había echado el zángano. Cuando abrí los ojos miré hacia arriba y ví su cara y las de otros chicos mayores que yo, riendo a mandíbula batiente y gran escándalo. Aquel hecho me dejó un desagradable recuerdo de mi paso por la escuela.

Algún tiempo más tarde, no se por qué razón, posiblemente en una de las ausencias de Don Ulpiano, el Director del colegio, que se llamaba Don Ramón, me sacó de mi clase y me llevó a la suya, con otros tres o cuatro niños de mi edad, pero junto con los chicos mayores. Allí estuve algún tiempo, sentado en un banco grande que había al final de la clase, donde nos ubicó a los más pequeños, y a los que el maestro no nos hacía demasiado caso, pues nuestro nivel era de aprendizaje de las primeras letras, mientras que el de los demás chicos estaba muy por encima.

Un día apareció en la clase Don Ulpiano, estuvo hablando un rato con Don Ramón, y al salir pasó junto al banco grande donde estábamos los más pequeños, fijándose en mí, y sin más contemplaciones me agarró con poca delicadeza de un brazo y se dirigió a Don Ramón y en

palabras no muy suaves le dijo: Este niño es de mi clase. Don Ramón se acercó a él, mantuvieron entre ambos un corto diálogo, que dados mis escasos conocimientos, no entendí, pero que debió acabar en la resolución de que yo continuara en aquella clase, por lo que don Ulpiano, soltándome el brazo al tiempo que me daba un empujón, dijo: Bueno, quédate.

Algún tiempo después, no mucho, un día por la mañana, cuando fuimos al colegio, nos dijeron que no había clase, que nos fuéramos a casa, pues había muerto Don Ulpiano.

Casi todos los días, después de comer, o quizá antes de la comida, mi padre me daba lecciones de lectura, enseñándome lo que no sabía o remachando lo poco que había aprendido en la escuela. Así entre lección y lección y algún coscorrón que de cuando en cuando me propinaba mi padre, iba aprendiendo con más rapidez de lo normal. A los tres meses de iniciar mi andadura en la escuela, ya sabía leer bastante bien.

Un buen día, o mejor dicho, un mal día, tendría yo unos siete años, no se por que razón, no me levanté con ganas de ir al colegio. No recuerdo si era primavera u otoño, el caso es que le dije a mi madre que no quería ir al colegio. Mi madre, a veces muy temperamental ella, no me pidió explicaciones de por que mi negativa; me cogió por un brazo y con ademanes nada delicados, se quitó la alpargata y me estampó unos alpargatazos en salva sea la parte y me puso en marcha. Yo, llorando a lágrima viva, comencé a andar “ayudado” por los tirones que de mí daba mi madre, camino del colegio. De cuando en cuando, alpargata en mano, me repetía las “caricias” en mi sonrojado culo; y en esta “dulce” y sonora “armonía”, llegamos a las proximidades de la escuela, quedándose mi madre a cierta distancia, quizá para evitarme la vergüenza de llegar de esa manera.

No cabe duda que el método empleado no sería quizá el más ortodoxo, pero desde luego si efectivo, pues nunca más se me ocurrió decirle que no quería ir al colegio.

Otro día, al poco de empezar mis inicios en la escuela, íbamos camino de ella mis hermanas Veni, Paquita y yo, sin desayunar, como era habitual, cuando Paquita, vio un gran pedazo de pan blanco en una hendidura excavada en una pared, que seguramente dejaría allí alguien que tenía menos apetito que nosotros y que sabría que su buen acto sería agradecido por quien lo encontrara. Paquita lo cogió con rapidez y comenzó a comérselo. Veni, al verla con el pedazo de pan en la mano, le dijo muy seriamente, metida de lleno en su papel de hermana mayor: A repartirlo como buenos hermanos. Y entonces Paquita reaccionó sin rebeldía, al contrario, con sumisión por su parte, cosa extraña en ella, le dio el pan a Veni, y ésta, haciendo de él tres trozos lo más iguales posible, lo repartió y nos lo comimos. Esa mañana entramos en el colegio más contentos que de costumbre.

En otra ocasión, íbamos los tres hermanos al colegio, una fría mañana de invierno. Mi madre, como desayuno, me había dado una naranja, con la advertencia de que no me la comiera en la calle. Pero claro, los niños no siempre hacen caso de lo que se les dice, y a mitad de camino, pelé la naranja y comencé a comérmela. Con el frío que hacía y el airecillo helado que venía, se me quedaron las manos que no podían cerrar los dedos y me dolían cosa mala. Con mis seis años y en compañía de mis hermanas, la llorera era lo más normal. Una mujer que entraba o salía de su casa, me vio y me dijo que entrara en su casa para calentarme, pero yo, que si quieres

arroz Catalina, no acepté la oferta de la buena mujer y seguí caminando con mis hermanas... y mi llanto, hasta que llegué a la escuela, en cuya puerta dejé la llantina y entré en mi clase.

Cantor de villancicos.

Se aproximaban las navidades de 1.942 y vino la hora de cantar villancicos. Al parecer se me daban bien, y no debió ser precisamente por mi buena voz. Un buen día, un compañero de clase, mayor que yo, me propuso llevarme a su casa, situada en el centro del pueblo, para que le cantara unos villancicos a su madre. Yo acepte la propuesta, sin más; pero al llegar a la vivienda de este chico, una gran casa, en cuya planta baja había una confitería, que al parecer era propiedad de su madre, a la que yo iba a cantar, una señora que se me antojó guapa y bastante entrada en carnes, cosa poco frecuente entre la mayoría de las mujeres de aquellos tiempo. Al ver el escaparate, donde se mostraban algunos productos de los que allí se fabricaban y vendían, se me encendieron las luces de la esperanza; el chico, nada más llegar y en mi presencia, de un pequeño estante cogió dos bollos que debían saber a gloria, se los empezó a comer mientras me presentaba a su madre como cantor de villancicos. A petición de la madre canté dos o tres, abrigando la esperanza de que al finalizar mi “actuación”, sería recompensado con algún confite de los muchos que allí había, teniendo en cuenta que sería cerca de la una de la tarde y en mi cuerpo no había entrado nada más que agua desde las siete de la tarde del día anterior, como cada día, pues por aquellos malos años teníamos “la mala costumbre” de no desayunar.

Pero cuando di por finalizado “mi concierto”, o bien cuando la buena señora se cansó de oírme soltar mis graznidos de hambriento cantor, me dijo que muy bonitos, que le gustaron mucho, ... pero lo de premiar mis navideños cantares con algún sabroso (supongo que lo eran) de aquellos dulces que vi al entrar, se ve que no le pasó por la cabeza, y si le pasó lo debió coger como un mal pensamiento pasajero, pues me despachó tal como había llegado, pero peor; antes de llegar no albergaba ninguna esperanza de ingerir tan apetitosos manjares y al salir tenía dentro la desilusión o desencanto que a pesar de mis méritos de cantor, no logré que aquella “buena” señora se le ocurriera darme al menos una de sus confituras.

Haciendo novillos.

No quiero dejar pasar sin mencionar un caso que me acabo de acordar. Ocurrió un día que íbamos al colegio mi hermana Paquita, un vecino de mi calle, llamado Antonio, que tenía la edad de ella, sobre nueve años, su sobrina Martina, de mi edad, unos siete, hermana de mi amigo Sixto y yo, o sea los cuatro. Los dos mayores decidieron hacer novillos. Era primavera y había un parque (el único por aquellos tiempos) cerca del colegio, con un gran pilón lleno de agua para el riego, en el centro. Lo de hacer novillos parece que se les ocurrió sobre la marcha. El caso es que todos nos fuimos al parque y estuvimos allí jugando toda la mañana. Cuando vimos que los niños salieron del colegio, nos fuimos para casa y no dijimos nada a nadie, como es natural. Lo pasamos bien; el tal Antonio era un chico divertido y mi hermana no lo era menos. Tenían imaginación ambos y entre los dos nos hicieron pasar alegremente la mañana novillera.

Días después intentaron repetir la “novillada”, pero yo me negué, así es que me fui al colegio, y ellos al parque, no recuerdo si la niña Martina se vino conmigo o también se alió con los novilleros. Al acabar la clase, me fui al parque, y juntos los cuatro regresamos a casa. Ni aquel día ni ningún otro, volví a hacer novillos.

Una academia de verano.

Cuando llegó el verano de mi primer año de escuela, llegaron las vacaciones, pero al poco de comenzarlas, mi padre, que al parecer no quería que yo “perdiera” el tiempo, me llevó a una academia para que remachara lo aprendido o ampliara lo poco que iba aprendiendo en mi colegio habitual.

Era una academia situada a una distancia prudencial de mi casa, regentada por un maestro con cierta minusvalía, debía tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Un día, no recuerdo si por la mañana o por la tarde, se ve que me entraron ganas de abandonar la clase y dedicarme a otra actividad menos obligada que estar allí varias horas. Me fui hacia el maestro y le dije que quería irme a casa, porque me dolía mucho la cabeza. El maestro, del que no recuerdo su nombre, le nombrábamos por maestro, a secas, me miró y me preguntó: ¿Te duele la cabeza? Y le contesté: Si señor. Entonces él me dijo: Pues ese es un mal muy curioso, está muy lejos del culito, anda y siéntate en tu banco. Y allí quedó frustrada mi tentativa de dejar la clase e irme por ahí a disfrutar de la libertad.

Cuando salíamos por la tarde, cogimos la costumbre los niños, no las niñas; (éstas eran muy recatadas en aquellos años), de ponernos a orinar todos a la vez en la puerta de la academia, en medio de la calle, por donde no pasaban coches, no porque estuviera prohibido, era sencillamente porque no habían, y por no pasar no pasaban ni carros; al hacerlo todos a la vez, en el mismo sitio, hacíamos un charco de orina de un tamaño considerable. Esta costumbre nos duró poco; las vecinas se quejaron al maestro y éste nos prohibió orinar al salir de la escuela.

Los charcones, donde casi me ahogo.

A unos cientos de metros de la misma calle donde estaba situada la academia había un camino que le denominaban “Camino de los Charcones”, debido a que a un lado del mismo habían extraído tiempo atrás arena para la construcción y no habían tapado los huecos que dejaron, por lo que éstos eran verdaderas cuevas que cuando llovía en abundancia se llenaban de agua; y como quiera que en aquel verano de 1.943, sería el mes de Agosto, se formó una buena tormenta y cayó agua a cielo roto; “los charcones” se convirtieron en peligrosas “piscinas”, que al carecer de vigilancia, eran un enorme peligro para los niños, tan audaces y temerarios.

Una tarde, al salir de clase, al día siguiente o dos días después de aquella tormenta, alguien propuso ir a bañarnos a “los charcones”. Yo, quizá llevado por mi curiosidad y acompañado de mi amigo Ricardo, que no es que fuera conmigo a la academia, si no que estaba por allí, porque su abuela vivía al lado de donde estaba el citado centro de enseñanza; me fui, o mejor dicho, nos fuimos con el resto de los chicos, todos o casi todos bastante mayores que

nosotros; Ricardo había cumplido recientemente los siete años y a mí aún me faltaban varios meses para cumplirlos. Ricardo no se bañó, pero yo, que al parecer eso del agua me “llamaba” bastante ya por entonces, me quité la ropa y me metí, al principio en un charco pequeño, donde el turbio líquido me llegaba más o menos por debajo de la cintura; le fui cogiendo confianza, y viendo que otros chicos mayores se tiraban de cabeza a otro charco mayor, quise imitarlos e hice lo mismo, pero me encontré con la sorpresa de que el fondo no era llano, sino que era la entrada de una de aquellas cuevas, en inclinada pendiente hacia abajo, y al intentar sacar la cabeza comprobé que había más agua de la que yo necesitaba y casi me ahogo; al intentar ponerme de pie no salí al exterior, el agua me cubría por completo; entonces, guiado por el instinto de supervivencia, me agarré a las piedras salientes del fondo y pude emerger. Temblando de miedo y de frío; salí del agua, me vestí y nos alejamos de allí, y hasta después de unos cuatro años, no me volví a meter sin vigilancia, en ninguna cantidad de agua mayor de la que cabe en un lebrillo.

Nueva academia de verano.

En el verano de 1946, después de disfrutar de unos pocos días de vacaciones, creo recordar que fue el día 9 de Agosto, mi padre, como de costumbre, me llevó a otra academia, situada en un extremo del pueblo, opuesto a mi barrio, distante unos dos kilómetros de mi casa. Allí me apuntó y comencé a ir mañana y tarde, o sea un paseíto de ocho kilómetros diarios, cuatro de ellos con el “fresquito” del mediodía y principios de la tarde.

El maestro, del que guardo un agradable recuerdo, era pequeño y delgado, se llamaba Crescencio Lagreca Jareño, llevaba la contabilidad de una fábrica de tejas y no se si alguna otra más, y para ayudarse económicamente, tenía la academia, que le debía ocupar la mayor parte del día. Este buen hombre tenía un hijo que por aquellas fechas estaba cumpliendo el servicio militar.

Tenían una extraña costumbre, no se si sería cosa del maestro o de su mujer. Cuando el hijo estaba fuera, en la mili, colocaban un gallo de porcelana, de tamaño natural y lo ponían en la cornisa de la chimenea; cuando regresaba con algún permiso, quitaban el gallo. Creo que era una superstición.

La academia en si, era de lo más elemental y si la comparamos con la del primer maestro, que tenía un aula de verdad, amplia, con bancos en toda la clase y un gran ventanal, la del maestro Lagreca, era muy pobretona; aquella familia vivía en unas condiciones un tanto peculiares. Se accedía desde la calle a un gran patio, con un enorme peral en medio, y a un lado vivía una familia, creo que parientes de la del maestro, y al frente, atravesando el patio, estaba la academia, sin ningún pasillo ni otro habitáculo. Era lo que en el pueblo llamábamos una cocina, con su chimenea, cuatro pizarras, dos en cada pared, dos pupitres largos, uno frente al otro, con sus tinteros fijos en la tabla inclinada que servía de mesa y una puerta al fondo, que daba al corral, donde íbamos a hacer nuestras necesidades, tanto los alumnos como ambas familias. A la izquierda de la sala o cocina, había una puerta que comunicaba con un dormitorio, que era la alcoba del matrimonio, del hijo soltero y de la hija, que estaba viuda y tenía una niña de pocos años; debían dormir en condiciones anómalas tanta gente junta en tan poco espacio.

La enseñanza consistía en hacer un poco de caligrafía a primera hora de la mañana, y a continuación, nos poníamos por grupos, frente a las pizarras. Nos pasábamos todas las horas de clase haciendo operaciones de sumar, restar, multiplicar y dividir, a una velocidad poco habitual; lo hacíamos con tanta rapidez, que hoy día podríamos competir casi con las calculadoras.

No enseñaba este maestro otro tipo de cultura, a excepción de cálculo mercantil y contabilidad, temas éstos que normalmente se hacían en horario nocturno.

Como al parecer de mi padre mi paso por aquella academia fue positivo, mi estancia en la misma no acabó al final de verano, como de costumbre, sino que se prolongó varios meses más.

Llegó el invierno, y la distancia entre mi casa y la academia era la misma, el frío encoge los cuerpos, pero el tamaño de las casas y la longitud de las calles de mi pueblo continuaron igual. O sea que los ocho kilómetros diarios, con pantalón corto, mal calzado y peor comido eran más largos que los del verano. Un buen día (lo de bueno por decir algo que alegre la mente) del referido invierno había nevado copiosamente, y yo me encaminé hacia la academia. Los primeros mil quinientos metros aproximadamente, del trayecto fue normal; las calles por las que transcurría eran casas habitadas y las amas de casa, muy temprano, barrían la nieve de la acera correspondiente a su fachada; pero el último tramo del referido trayecto eran grandes bodegas o naves agrícolas, donde no había amas de casa, y las aceras, que no existían siquiera, no eran barridas por nadie; así que la nieve estaba allí y las sendas las hacíamos los transeúntes, pocos transeúntes, que por allí pasábamos. Y mira por donde, justo en medio de aquella nevada, cuando me faltaban unos centenares de metros para llegar a la academia, me entraron ganas de vaciar la vejiga. La operación de orinar en plena calle no arrojaba mayores dificultades en tiempos normales, pero con aquel frío era otra cosa. Mis dedos no conseguía juntarlos para desabrocharme un botón de la bragueta con el fin de sacarme el pito, y éste además, yacía en lo más escondido de mi cuerpo, por lo que expeler la orina me costó lo mío; a punto estuve de orinarme encima.

Vuelta a mí colegio.

Como antes digo, mi aprendizaje en dicha academia iba muy bien; mi padre me dejó más que el verano; continué asistiendo a ella hasta las vacaciones de navidad, y al finalizar éstas pasé a mi escuela de siempre, donde había un nuevo maestro, el cual era director del grupo, llamado Don Pablo de la Calle García. Este maestro, a todo alumno nuevo que llegaba le hacía un pequeño examen, y según sus conocimientos le asignaba la clase a la que debía asistir. A mí, que por lo que se refiere a las cuatro reglas iba sobrado, me dejó en la suya, o sea la tercera, el grado superior que allí se daba.

Tenía yo por aquellas fechas los diez años casi recién cumplidos, edad en la que se empezaba el bachiller vigente en la época; pero este tipo de enseñanza se daba sólo en los institutos (que en Tomelloso no había) y en un colegio privado regido por Frailes Carmelitas, “al que yo no tenía acceso” por razones que huelga comentar.

Estuve tres años con este maestro Don Pablo, del cual guardo muy gratos recuerdos. Tenía la costumbre de examinarnos cada mes. Examen escrito, que duraba toda la mañana, al

mediodía los corregía, y por la tarde nos asignaba la mesa y silla que debíamos ocupar durante todo el mes, según la puntuación obtenida.

Esta etapa de colegial fue de la que mejores recuerdos tengo; ya discernía lo suficiente para poder valorar la amistad que me iba uniendo a algunos compañeros de colegio. En esa época, con mayor razonamiento, apreciaba más lo que me rodeaba.

Mi vida transcurría en dos lugares diferentes, uno era mi barrio, con mis amigos de siempre; otro mi escuela, con mis compañeros de colegio. Con unos y otros jugaba.

A la salida del colegio, ya de mayorcito, diez o doce años, era normal estar un rato, a veces largo, con mis compañeros de colegio, especialmente con los que más cerca me sentaba en clase; era una separación, que sin buscarla, parecía lógica, nadie la fomentaba, pero en realidad se practicaba sin proponérselo formábamos grupos un poco aislados los unos de los otros.

Había en mi clase un chico, muy amigo mío, que tenía grandes dotes para el estudio, se llamaba, o mejor dicho, se llama Pablo Ortiz Novillo; su cara tenía más pecas que un huevo de perdiz, parecía (según decía él mismo) un camino chispeado. Eso era debido a que era rubio, con muchas pecas en la cara, buen compañero y mejor amigo. Iban al mismo colegio tres hermanos; él era el de en medio. Alguna vez su madre iba a hablar con el maestro, y al salir de clase, como quiera que el mayor estaba bastantes lugares después que el de en medio, comentaba en voz alta dirigiéndose al mayor, que se llamaba Eugenio: “Míralo, el chico delante y el mayor atrás, que serás tú, destripaterrones y nada más”.

Esta mujer murió al poco tiempo, y por sugerencia del maestro fuimos todos al entierro; maestro y alumnos. Además de los tres varones había también una niña, que no tendría más de nueve años. El cuadro que dejó la buena mujer al morir, no era nada esperanzador: un hombre joven viudo y cuatro hijos, el mayor de unos trece años y el más pequeño no tendría más de siete.

Mi compañero, Pablo, al poco tiempo de morir la madre, fue espaciando cada vez más su asistencia a clase; el padre se lo llevaba a trabajar al campo con mucha frecuencia. Aunque emprendimos derroteros distintos, nuestra amistad perduró. Tuvo varios oficios, y acabó su vida laboral de policía municipal en Ibi, un pueblo de Alicante.

Al hacer alguna de estas narraciones puede que incurra en la repetición, pero espero de la paciencia del lector sepa disculparme.

Mi maestro Don Pablo de la Calle.

No quiero terminar este relato sin hacer una especialísima mención del que durante tres años consecutivos fue mi maestro.

Antes he citado mi antiguo colegio. Se trata del colegio donde fui desde los seis a los trece años. Cuando volví a él, después de la larga estancia en la academia a donde me puso mi padre en el verano de 1946, me encontré con el nuevo director del Grupo. Se llamaba Don Pablo de la Calle García. Era este buen maestro, un hombre de mediana estatura, un tanto desgarrado (parecía que tuviera alguna dificultad en las piernas), afable, riguroso a veces, convincente, capaz de captar la amistad con sus alumnos, pero rígido en ocasiones, especialmente cuando nos

merecíamos algún castigo. En fin, como antes digo, un buen maestro. Tenía ciertas habilidades, fabricaba pequeñas cosas, reparaba otras y casi siempre hacía las clases muy amenas. A nadie se le ocurría hacer novillos, pues nos gustaba su forma de enseñar y de tratarnos. Ya por aquel entonces practicaba lo que entró en vigor mucho más tarde; o sea separar por grupos de cinco o seis alumnos, a aquellos que tenían nivel similar. En el grupo que me asignó se encontraba una hija suya, su única hija. Se llamaba Olga. Esta chica no estaba en ninguna de las dos aulas que había para las niñas. El padre, como director del centro, se tomó este privilegio. Iba un poco flojita en matemáticas, y su progenitor pensaría que al lado de los más espabilados progresaría más que en otro grupo de nivel inferior. Lo cierto era que la tal Olga, un poco mayor que yo, nos caía muy bien a toda la clase. Alguno pudiera que se enamorara de ella. Pero en fin no vamos a hablar aquí de la hija, sino del padre, Don Pablo.

Algunos jueves por la tarde, aprovechando que no había clase, este buen maestro organizaba pequeñas excursiones a las afueras del pueblo, por las eras, donde aprovechando las tardes de sol y el aire libre, lo pasábamos muy bien. En cierta ocasión programó una al Castillo de Peñarroya; lugar que pocos de nosotros conocía. Es este un sitio que dista unos quince kilómetros de Tomelloso. Surgió el gran inconveniente, que la distancia era demasiada para hacerla a pié, y la mayoría de nosotros no teníamos bicicleta, algunos nos planteamos ir corriendo hasta el lugar.

Lo cierto es que a pié no fuimos nadie. El maestro organizó el sistema de manera que cada ciclista que voluntariamente quisiera, llevaría a un “peatón”, bien en el portaequipajes o en el sillín. Nos pusimos de acuerdo en quienes nos llevaría a los que queríamos ir y carecíamos del ansiado vehículo de dos ruedas, y aunque fuimos pocos los “llevados” por otro compañero, o por el propio maestro, lo cierto es que iniciamos aquella grata, aunque un poco accidentada excursión, unos quince chicos además de Don Pablo. El trayecto se hizo ameno, pero contando que quince kilómetros para niños de nueve a once años que era la edad que teníamos, son muchos kilómetros, llegamos algo cansados, especialmente los que fueron pedaleando. A mi me tocó ser llevado en el sillín (en una postura un tanto incómoda) por un compañero de nueve años, llamado Julián, bajito pero fuerte.

Aunque yo ya había visto alguna montaña, cuando fuimos a los baños del Peral, al llegar al castillo, la mayoría nos sorprendimos por ver por primera vez aquellos cerros de pequeña altura, pero que acostumbrados a las llanuras, nos parecían montañas. Desde los ámbitos que rodean el castillo vimos trabajar a un buen número de obreros en las obras de construcción de un pantano, que por aquellas fechas estaban en los cimientos, los que vistos desde arriba, parecían pequeños.

El lugar, para nuestros inexpertos ojos, era de fantasía; rompía por completo la visión que hasta entonces habíamos tenido la mayoría de nosotros de nuestro familiar entorno, el que consistía en inmensas llanuras e interminables y polvorientos caminos. Las panorámicas vistas que se nos ofrecían desde aquellas alturas, eran muy distintas a las hasta entonces disfrutadas. Ver aquel valle por donde discurría el río Guadiana en sus inicios, las lomas llenas de vegetación que había alrededor, los paisajes con que la naturaleza nos asombraba; en fin, todo un compendio de visiones diferentes a las que hasta entonces habíamos tenido.

La excursión, aunque corta, fue muy positiva, disfrutamos mucho, pero el tiempo apremiaba; aunque fuera el mes de abril o mayo, con tardes largas, si tenemos en cuenta que salimos desde el colegio después de comer, la llegada hasta allí, la estancia, con sus entretenimientos; además había que pensar en dejar parte del día con suficiente luz para el regreso; como antes digo, se nos hizo corta la estancia e iniciamos el retorno, el que realizamos felizmente, aunque yo ocasioné a la bicicleta de mi compañero Julián una pequeña avería, lo que motivó que a partir de ese contratiempo, el Maestro optara por que me bajara y continuara Julián él solo en su bici. Como me quedé sin “cabalgadura”, Don Pablo me subió en el cuadro de su bicicleta, con lo que su vehículo se convirtió en una bicicleta cargada de Pablos, uno que pedaleaba y dos que íbamos de pasajeros, llegando felizmente al pueblo sin más contratiempos.

Contaría muchísimas más cosas de este buen maestro; sus grandes virtudes, su humanidad, la facilidad que tenía para captar nuestra amistad y en especial de su excelente predisposición para la enseñanza.

Dejé el colegio y algunos años después consiguió su traslado a su Loja natal. Cuando fui mayor, siempre abrigué el deseo de hacerle una visita, pero nunca lo hice; transcurrió el tiempo y de él sólo me quedaron sus muchas enseñanzas y un buen recuerdo.

FINAL DE MI INFANCIA

El 22 de Diciembre de 1949, cuando hacía poco tiempo que había cumplido mis trece años, por mediación de mi padre, comencé a trabajar en por entonces la única Notaría de mi pueblo, creándome obligaciones muy diferentes a las que hasta ahora había tenido; dejando mi querida escuela, **perdiendo gran parte de mi libertad y sobre todo también perdí lo que más añoré toda mi vida, mi infancia, querida infancia, la mejor época de la vida de toda persona.**

CONCLUSIONES

Del presente trabajo al que he denominado **Memorias de mi infancia**, e ilustrado con algunas fotografías de la época, obtenemos la siguiente conclusión:

He hablado de algunos acontecimientos ocurridos antes de mi nacimiento, me he referido a algunos pasajes de aquella época en que transcurrió mi niñez, de mi peculiar bautizo, de mi siempre recordado amigo Ricardo (fallecido hace más de veinte años), del descarriado hermano de mi amigo Patricio, del hambre de los años de la posguerra, bien relatados por el escritor Félix Grande, de mis correrías por aquellos campos manchegos, de los largos inviernos, de nuestros juegos, a veces un tanto brutos, del nacimiento de mis hermanos menores que yo, de la excelente salud de mi madre, de mi primera incursión al río Guadiana, de algunas de las obligaciones que teníamos mi hermana Paquita y yo, de los acontecimientos ocurridos con ocasión de la incursión de algunos maquis a Tomelloso, de mi primera comunión, de ciertos personajes curiosos, entre los que aprovecho para introducir algunos párrafos del escritor Francisco García Pavón, de los baños de El Peral, de mi primer trabajo remunerado, de mi escuela, de lo que me ocurrió como cantor de villancicos, de los novillos que hicimos una mañana, de mi maestro Don Pablo y como colofón a este largo relato, del final de mi infancia.

Ha sido mi intención introducir en la mente del lector lo que ocurrió en aquella época. Trasladarlo a los lugares y tiempos en que sucedieron. Tratar de hacerle ver a través de lo narrado, cuantas vivencias tengo del entorno donde transcurrió mi infancia.

BIBLIOGRAFÍA

- Colección pinturas Antonio López Torres – Ayuntamiento de Tomelloso
- El rapto de las sabinas, de Francisco García Pavón
- La Balada del Abuelo Palancas, de Félix Grande Lara

Webgrafía

- Blog del poeta Manuel López Azorín: Eladio Cabañero y sus amigos
- <https://manuellopezazorin.blogspot.com/2012/07/eladio-cabanero-y-los-amigos.html>